

HEREDIMONIO CULTURAL

Nº 33 Año IX Primavera 2004

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

\$ 1.000

naturalistas

el mapa no es el territorio

Naturaleza, ciencia y representación

El paisaje y el mito del paraíso

Ciencia y estética en la obra de Humboldt

Los pintores viajeros

Escriben: Isabel Cruz, Olaya Sanfuentes, Miguel Angel Puig, Rafael Sagredo, Andrés Estefane. Selecciones de Claude Lévi-Strauss.



□ Gentileza Museo Pedagógico.

Estimados

Revista Patrimonio Cultural

Me ha parecido muy interesante el número de La Ciudad. También los felicito porque he podido verla expuesta tanto en la Feria Internacional del Libro de Santiago y en el seminario organizado por la Comisión Bicentenario sobre temas de urbanismo, en Matucana 100. No siempre es fácil de encontrarla fuera de los muros de la Biblioteca Nacional.

Atentamente

Isabel Sepúlveda
Conchalí

cartas

Agradecimientos

Deseamos agradecer particularmente a Rafael Sagredo, quien colaboró estrechamente con el Comité Editorial en la concepción y elaboración de este número de Patrimonio Cultural. Deseamos agradecer además al Museo Pedagógico y al Museo Nacional de Bellas Artes, los que facilitaron material de sus archivos para ilustrar los artículos.

Patrimonio Cultural utiliza las tipografías TCL 355 en los titulares y Elemental Sans para el texto continuo.

TCL 355 es una creación de Tono Rojas basada en la rotulación de las micros santiaguinas.

Elemental es una familia tipográfica para texto, desarrollada por Francisco Gálvez.

Ambas tipografías rescatan el oficio artesano de la confección de letreros y representan en el ámbito del diseño un aporte a la recuperación de nuestro patrimonio cultural.

Patrimonio Cultural
N° 33 (Año IX)
Primavera de 2004

Revista estacional de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam), Ministerio de Educación de Chile

Directora y representante legal
Clara Budnik

Consejo editorial
Pedro Güell, Ricardo Abuaud, Humberto Giannini, Marta Cruz-Coke, Jorge Montealegre, Pedro Pablo Zegers, Georges Couffignal, Angel Cabezas, José Bengoa, Pedro Milos, Marta Lagos.

Comité editor
Gloria Elgueta, Carolina Maillard, Patricio Heim, Paula Palacios, Delia Pizarro, Roxana Seguel.

Editor
Patricio Heim.

Periodista
Michelle Hafemann.

Diseño
Alt 164 [Taty Mella - Marcos Correa]

Corrección de textos
Héctor Zurita.

Oficina
Alameda Bernardo O'Higgins 651
(Biblioteca Nacional, primer piso)
Santiago de Chile

Teléfonos
3605400-3605330

Fono-Fax
3605384

Correo electrónico
patrimonio.cultural@dibam.cl

Impresión
Litografía Valente
(que actúa sólo como impresora)

Página web
www.patrimoniocultural.cl

Patrimonio Cultural es una revista de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam); institución del Estado de Chile dependiente del Ministerio de Educación.

Esta revista es distribuida a todas las bibliotecas públicas y a centros dependientes y relacionados con la Dibam, así como a instituciones.

Es posible adquirir **Patrimonio Cultural** en quioscos y librerías. También está disponible a suscriptores (a un precio de \$4.000 por cuatro números), quienes la recibirán en sus domicilios.

Los números anteriores que no estén agotados pueden ser comprados en nuestra oficina, ubicada en la Biblioteca Nacional.

Las opiniones vertidas por los colaboradores de la revista no necesariamente representan a esta publicación o a sus editores y son de absoluta responsabilidad de quienes las emiten.

Ciencia, monarquía y república

**La expedición Malaspina
y los desafíos territoriales en el Chile del siglo XIX**

■ por Andrés Estefane

La expedición a América iniciada por Alejandro Malaspina en 1789, constituyó el mayor esfuerzo desplegado por la corona española para conocer el real estado de sus colonias de ultramar. El tiempo quiso, sin embargo, que la valiosa información recopilada durante la expedición terminara siendo útil a los intereses de las nacientes repúblicas americanas.



Corría la década de 1860 cuando en las páginas de El Mercurio de Valparaíso se publicaba una interesante serie de artículos en torno al progreso de la viabilidad y la locomoción en Chile. Y entre las detalladas descripciones del estado de los caminos en la joven república, el autor deslizó una sugerente y reveladora reflexión: “Los tiempos en que Frezier se arañaba el rostro y blasfemaba, a guisa de buen francés, contra los algarrobos que obstruían el único sendero de caballo que existía entre Santiago y Valparaíso (1712) y aquellos en que el almirante Vancouver enseñaba por la primera vez el uso de la escoba a los habitantes de la única casa que existía en el valle de Tapigüe (Casablanca) en 1795, son en verdad tiempos tan remotos para la presente generación, que ya nos parecen tiempos antediluvianos...”.

Más allá de las sabrosas anécdotas que se recogen en el extracto, lo que nos interesa destacar es la referencia temporal que lo corona. Frezier y Vancouver, aquellos célebres navegantes del siglo XVIII, son presentados en un contexto tan distinto y lejano, que incluso llegan a ser percibidos con extrañeza, con esa distancia que siempre genera lo que nos es ajeno. A simple vista, nada de aquellos tiempos había logrado perdurar. Lo paradójico es que por esos mismos años, en realidad desde mucho antes, los científicos y viajeros que visitaron nuestras costas a lo largo de la centuria ilustrada estaban cobrando un protagonismo inesperado. Con una ansiedad deslumbrante, ya fuese indagando en las colecciones locales o patrocinando estadías en los archivos europeos, las repúblicas hispanoamericanas habían comenzado un sostenido trabajo de recuperación de todas las investigaciones que llevaron adelante las distintas expediciones científicas que arribaron a América en el último siglo de dominación colonial. Los desafíos impuestos por la vida independiente hicieron necesario rescatar del pasado aquello que fuera útil a la época presente: reflexiones etnográficas, ensayos mineralógicos, apuntes sobre botánica y zoología, levantamientos cartográficos, en fin, todo conocimiento que pudiera dar luces respecto de las características y potencialidades de estos territorios.

Los desafíos impuestos por la vida independiente hicieron necesario rescatar del pasado aquello que fuera útil a la época presente: reflexiones etnográficas, ensayos mineralógicos, apuntes sobre botánica y zoología, levantamientos cartográficos, en fin, todo conocimiento que pudiera dar luces respecto de las características y potencialidades de estos territorios.

Así, a lo largo del siglo XIX se irá estableciendo una fuerte relación con la tradición expedicionaria de la centuria precedente. Sus más destacados representantes –Cook, Bougainville, Juan y Ulloa, Lapérouse, Moraleda, Vancouver, Malaspina– se convertirán en fuente de consulta no sólo para los científicos que se fraguaron recorriendo los territorios americanos, sino también para los diferentes estadistas a la hora de tomar decisiones de gobierno. Más fuerte todavía será el vínculo que entablaron con ellos los integrantes de las armadas nacionales, sus epígonos republicanos, que tomaron esos viajes como punto de partida para las exploraciones que debieron emprender hacia territorios que aún permanecían desconocidos en el último cuarto del siglo antepasado.

El conocimiento geográfico

Uno de los campos en que esta recopilación resultó de suma importancia fue en el de la cartografía. Al fijar con exactitud las dimensiones y características de su patrimonio geográfico, las exploraciones dieciochescas se convirtieron en una fuente invaluable para las pretensiones de las autoridades que, luego del movimiento independentista, tomaron en sus manos la conducción de las nuevas repúblicas. Más todavía cuando el principio de *uti possidetis* se instituyó como pilar fundamental para la resolución de eventuales controversias territoriales. Por ello no dudaron al momento de rescatar la documentación existente y ordenarla según las necesidades que surgían con la nueva realidad política. Las exigencias administrativas obligaban a tener una imagen completa y detallada de los límites y reales dimensiones del territorio integrado a los destinos nacionales, y ante la carencia de información actualizada, no quedaba otra opción más que valorar lo heredado. De esta forma, aquellos levantamientos

realizados por la monarquía española para hacer más efectivo el control imperial, terminarán siendo útiles para las distintas repúblicas americanas.

Chile y la Expedición Malaspina

Es precisamente en ese marco donde confluyen la comisión científico-política encabezada por el viajero italiano Alejandro Malaspina y la historia territorial de nuestro país. Dicha expedición, verificada entre 1789 y 1794, constituyó el mayor esfuerzo desplegado por la España imperial para conocer el real estado de sus colonias en el último cuarto del siglo XVIII. Durante sus dos estadías en las costas de la gobernación de Chile, los integrantes de la comitiva realizaron, entre otras tareas, variadas mediciones hidrográficas que sirvieron de base para la confección de planos y cartas de gran exactitud. Y el nivel de precisión alcanzado hizo que estas observaciones fueran consideradas durante varias décadas como los únicos datos confiables respecto de la ubicación de los principales puntos de la costa sur-occidental de América. Por lo anterior, las mediciones efectuadas por estos viajeros en Chile terminarán siendo un punto de referencia fundamental para resolver uno de los problemas más recurrentes en la historia nacional a lo largo del siglo XIX, a saber, el absoluto desconocimiento del territorio y la escasez de individuos competentes en geografía.

En febrero de 1831, por ejemplo, la redacción de El Araucano decide publicar una extensa lista topográfica –con sus respectivas latitudes y longitudes– confeccionada sobre la base de los cálculos y mediciones de la Expedición Malaspina. Más que en la propia lista, lo relevante aparece cuando ponemos atención en el argumento que se cita para este cometido: “Se cree que estos resultados, declaraba el redactor, merecerán alguna confianza por el mérito de las personas que concurrieron a ellos y por la utilidad que pueden producir a los navegantes de la costa de Chile y el Perú”. La confianza en el talento de los viajeros y las demandas impuestas por el flujo comercial no hicieron dudar de la pertinencia de la publicación. Ante la carencia de cartas geográficas modernas y seguras, lo razonable era remitirse a la última fuente confiable.

Dichos cálculos, que eran conocidos en las principales academias científicas europeas y los únicos que manejaban las autoridades chilenas hacia 1830, habían logrado trascender gracias a un conocido mapa de América del Sur levantado por el Almirantazgo español a fines del siglo XVIII, cuando Carlos IV ordenó al Secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina, Juan de Lángara, formar una carta esférica sobre las costas del Virreinato del Perú y de la gobernación de Chile. Para su confección, los cartógrafos hispanos recurrieron a las anotaciones de Malaspina y sus hombres.

Otro personaje que también hizo uso de esta información fue Claudio Gay, quien hacia 1830 ya había dado inicio a sus investigaciones científicas por el territorio nacional. Los extensos informes que recogían los resultados de su exploración eran publicados periódicamente en las páginas de El Araucano, donde se pueden encontrar varias referencias a las investigaciones verificadas por Malaspina en nuestras costas. En uno de ellos, por ejemplo, Gay incluye una rectificación a los cálculos realizados por la comitiva respecto de la situación geográfica de Topocalma. Y aun cuando en dicha oportunidad debió corregir las mediciones que utilizaba, ello en nada minó su admiración por trabajos que, según sus palabras, eran de inigualable valor para un país carente de una sólida tradición cartográfica.

Estos dos episodios, que en otro escenario pueden ser considerados simples anécdotas, demuestran que gran parte de lo realizado por los expedicionarios del siglo XVIII constituyó siempre un

punto de partida para los estadistas y hombres de ciencia que hicieron fama recorriendo y analizando el territorio de la república.

Los problemas limítrofes

Junto a su inestimable valor en todo lo concerniente a necesidades cartográficas, las investigaciones de la Expedición Malaspina tendrán también un protagonismo importante en las continuas controversias territoriales que nuestro país sostuvo con las naciones vecinas a lo largo del siglo XIX. La adscripción al principio de *uti possidetis* como fórmula de resolución para estas disputas, obligó a las cancillerías sudamericanas a iniciar una serie de investigaciones históricas que permitieran reunir los argumentos necesarios para respaldar sus demandas. Por lo mismo, en las innumerables representaciones que dieron vida a los debates, se citaban con total familiaridad las más importantes obras geográficas del siglo XVIII, se glosaba documentación que iba desde el período de Conquista hasta inicios del siglo XIX, se incluían fragmentos de diarios de viaje, se reseñaba la cartografía española colonial, en fin, se entregaban todos los testimonios atinentes a los intereses de cada república. En el caso de la Expedición Malaspina, sus levantamientos hidrográficos y las detalladas descripciones geográficas que arrojó, constituirán una parte importante de los argumentos presentados por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile para hacer frente a las demandas territoriales presentadas por Bolivia y Argentina desde la década de 1840, toda vez que dichos datos venían a confirmar las tesis defendidas por nuestro país

Un hito fundamental en la disputa limítrofe con la nación altiplánica tuvo lugar en enero de 1859, cuando el capitán de fragata Miguel Hurtado dio a conocer una investigación personal que confirmaba los derechos de soberanía de Chile sobre el Desierto de Atacama. Entre la información recopilada, Hurtado dedicó varias páginas a la descripción detallada del viaje de Malaspina, poniendo especial énfasis en la sólida formación científica de los oficiales que integraron dicha comitiva. De esa forma, contrarrestaba las impugnaciones bolivianas que insistían en desconocer el valor de los registros dejados por estos viajeros en la disputa.

Al fijar con exactitud las dimensiones y características de su patrimonio geográfico, las exploraciones dieciochescas se convirtieron en una fuente invaluable para las pretensiones de las autoridades que, luego del movimiento independentista, tomaron en sus manos la conducción de las nuevas repúblicas.

Por otra parte, las demandas de soberanía presentadas por Argentina sobre la Patagonia, el Estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego también sirvieron de escenario para el rescate de la comisión que analizamos. Pero en esta ocasión nos enfrentamos con una diferencia sustancial. Hacia 1870, y con el fin de ampliar la base documental disponible, el gobierno de Chile ordenó llevar adelante una serie de investigaciones en los archivos hispanos. Dicha tarea fue confiada al diplomático e historiador Carlos Morla Vicuña, quien logró recopilar valiosas piezas que vinieron a respaldar con mayor fuerza la defensa chilena. Y entre la documentación encontrada, los registros de la Expedición Malaspina tenían un lugar fundamental. Luego de un estudio meditado de aquellos trabajos, Morla Vicuña se convenció de estar frente a una empresa monumental que merecía ser conocida en detalle. Precisamente por ello concibió la idea de publicar en forma íntegra tan ricos documentos, pero su proyecto no logró prosperar.

Los amplios alcances de las exploraciones realizadas y la rigurosa precisión de los datos recolectados acabarán convirtiendo a la Expedición Malaspina en una fuente inagotable para la búsqueda de soluciones a las innumerables carencias y conflictos por los que atravesó Chile durante el siglo XIX. Si en un principio será de utilidad para sortear la ausencia de información geográfica actualizada, conforme avance la centuria ofrecerá los argumentos históricos en los cuales descansará la defensa diplomática ante las reclamaciones territoriales vecinas. En síntesis, este rescate terminará vitalizando un nuevo punto de unión entre el último siglo colonial y el primero de nuestra historia republicana, punto en que la ciencia tendrá un protagonismo fundamental al hacer posible que el Chile decimonónico fuera depositario y le confiriera un nuevo sentido al conocimiento geográfico generado en el siglo anterior. **P**



Cristóbal Colón: el último viajero medieval

Convencido de que llegaba a las Indias Orientales, Colón tuvo que esforzarse para hacer calzar en su mente lo que realmente veía, con lo que se suponía que debía ver. Es por eso que sus descripciones abundan en cíclopes, belicosas amazonas, feroces caníbales, y demás seres extravagantes propios de la imaginería medieval.

■ por Olaya Sanfuentes

Cristóbal Colón es heredero de la tradición medieval de viajeros que parten hacia Oriente en búsqueda de aventuras, riquezas, maravillas y pueblos que cristianizar. Sabía de los mundos fabulosos de las Indias tan preciadas y había leído muchos de los relatos de viajes reales e imaginarios que circulaban con éxito en la Europa de fines del siglo XV. Es parte de una Europa que tenía sus expectativas puestas en el encuentro con mundos mejores que se ubicaban en los confines del orbe. La llegada a estas tierras era una odisea, muchas veces un desafío a los designios divinos, según algunos, pero el premio final que coronaba la osadía de la aventura. En este sentido, Colón es un hombre medieval. Pero, al mismo tiempo, el futuro almirante participa de algunas de las características de una época que se asoma, nuevos tiempos en que el mundo europeo se encanta con el valor de la experiencia y la comprobación. Una incipiente actitud científica, que se traduce en una curiosidad creciente entre los europeos, seduce a muchos, entre ellos a Cristóbal Colón. Adelantos técnicos y astronómicos, junto con un mayor comercio de puerto en puerto que resulta en representaciones geográficas más precisas que los hasta entonces emblemas religiosos del mundo, se unen a un mejoramiento en las condiciones de navegación. Todos estos elementos van dotando de más confianza a los marineros de finales del siglo XV. Esta doble mentalidad, la soñadora, fantasiosa y expectante del encuentro con mundos ricos y fabulosos, junto con la adquisición de ciertos conocimientos que le hacen tener más certeza frente a la naturaleza, son los que animan a Cristóbal Colón a emprender su viaje hacia las Indias.

Las ideas colombinas acerca de la distancia que separaría Asia de Europa le

harían pensar que había llegado finalmente al objetivo de su viaje y todo lo que se cruzara por su camino debía ser interpretado con los códigos de lo entonces concebido como oriental. A pesar de que la geografía del continente americano se le mostraba diferente y única, el almirante se esforzaría por acomodarla y amoldarla a los formatos que le convenían para justificar su llegada a Oriente. Por esta razón, Cristóbal Colón terminó sus días pensando que efectivamente había llegado a las tierras que tanto anhelaba, que había llegado al Oriente. Sus descripciones están plagadas de lugares que aluden al extremo oriental de Asia, así como a supuestas especias y riquezas que encontraba en las tierras conquistadas y a pueblos de características monstruosas o al menos muy diferentes a las europeas. América nació ligada a los mundos orientales.

Uno de los escenarios donde podemos apreciar el lente medieval colombino es en su descripción de los habitantes del Nuevo Mundo: "Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían a los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bebían la sangre y le cortaban su natura."⁽¹⁾ Luego relataba Colón que le habrían avisado de unas tierras donde la gente tenía un ojo en la frente,⁽²⁾ y de un lugar donde las personas nacen con cola.⁽³⁾ También contaba de una isla donde la gente nunca tenía cabello, pero era una tierra rica en oro.⁽⁴⁾ A pesar de que él, personalmente, nunca vio los seres fabulosos que describió, el viaje a Oriente debía contener el encuentro con seres diferentes para legitimarse como tal. Todos estos seres se suponía que habitaban los confines del mundo, y las autoridades clásicas y medievales habían hablado con certeza de su existencia.

Cristóbal Colón creyó encontrar a las legendarias amazonas durante su primera navegación a la isla de Martinico o Martinica e incluso dice haber visto a diez de ellas, "de singular denuedo y robustez; gruesas por extremo y sin embargo agilísimas".⁽⁵⁾ En otros de los relatos colombinos, el genovés relata que "ellas no usan ejercicio femenino, salvo arcos y flechas".⁽⁶⁾ Colón había leído a Marco Polo, por lo que no es extraño que en sus descripciones de estas tierras, que él creía orientales, pensara en la antigua fábula de una isla poblada de mujeres con su contrapartida, la isla Macho de los varones: "...sepan que la primera isla de las Indias más llegada de España es toda población de mujeres sin ningún hombre, y su trato no es femenino, salvo usar armas y otros ejercicios de hombre. A esta isla llaman Matenino, a la segunda Caribo..."⁽⁷⁾

(1) Colón, Cristóbal, *Textos y Documentos*, Op.Cit, pág. 131.

(2) Colón, Cristóbal, Op.Cit, pág. 142.

(3) Colón, Cristóbal, Op.Cit, pág. 223.

(4) Colón, Cristóbal, Op.Cit, pág. 234.



□ "La toma de posesión de América por Cristóbal Colón". En *Pinturas al óleo representando escenas de la historia y vida popular de la América Latina*. J. M. Rugendas, Leipzig 1867



Desembarco de Colón en América. Sala Medina, Biblioteca Nacional.

Cristóbal Colón fue el primero que introdujo la palabra caníbal en un texto europeo y lo ligó con la práctica de la antropofagia. El ejercicio mental que hizo el genovés fue traducir el nombre que los arawaks tenían para sus enemigos (cariba), influido por una tradición europea: Plinio había dicho que había hombres con cabeza de perro (can) que eran feroces comedores de carne humana. Otra posibilidad es que Colón haya pensado que estos caníbales eran los hombres del Gran Khan, que fonéticamente sonaba parecido. En cualquiera de los dos casos se asocia una tradición europea con la práctica de la antropofagia y se crea un nuevo pueblo, los caníbales americanos. Primero la palabra, luego la realidad y se forma una leyenda del caníbal americano que se transmite en el tiempo y en el espacio.⁽⁸⁾

Ejemplos de descripción de prácticas antropófagas hay muchos en la historia del descubrimiento y conquista de América. A pesar de que con Colón asistimos al origen de este pueblo, él nunca los vio personalmente. En su primer viaje se enteraría de la existencia de ellos por las noticias que recibió de los arawaks. De una tierra llamada Bohío, éstos le contaron "que era muy grande y que avía en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban caníbales, a quien mostraban tener gran miedo; y des que vieron que llevan este camino, diz que no podían hablar, porque los comían y que son gente muy armada".⁽⁹⁾ Más adelante continuaría mencionando a estos pueblos: "Toda la gente que hasta oy he hallado diz que tiene grandísimo temor de los Caniba y diz que viven en esta isla de Bohío... y dezían que no tenían sino un ojo y la cara de perro..."⁽¹⁰⁾ Como se puede, apreciar tras la lectura de esta cita el peso de la tradición y las imágenes que se tenía del Oriente y los monstruos que la poblarían eran fuerte en la mente colombina. Efectivamente, se creía que en zonas alejadas de las Indias había pueblos con cara de perro que comerían carne humana, los cinocéfalos. Colón mezcló la tradición con lo que escuchó de los arawaks y creó así la figura del caníbal.

En su segundo viaje, relataba Colón lo siguiente: ... "y supe que todas estas islas heran de caníbales y pobladas desta gente que a la otra come, como verá y sabrá V.AL... también me decían por palabras y señas cómo le habían comido los maridos, y a otras los hijos y hermanos, y las hacían que de ellas mismas de ellos comiesen... los engordan como hacen en Castilla a los capones para comer en fiesta".⁽¹¹⁾ En este segundo viaje a las Indias pasó por un pueblo

abandonado, donde descubrió, según él, evidencia de una fiesta antropófaga. La escena es descrita por Pedro Mártir, como un escenario lleno de cuerpos desmembrados, pedazos de cuerpo hirviendo en calderos, sangre fresca por todas partes, y cabezas colgando de los árboles. La imagen tenebrosa se complementa con el relato que hace el doctor Chanca, quien iba a bordo de la tripulación durante el segundo viaje

Uno de los escenarios donde podemos apreciar el lente medieval colombino es en su descripción de los habitantes del Nuevo Mundo: "Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían a los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bebían la sangre y le cortaban su natura".

colombino: ... "allí se halló en una casa cociendo en una olla un pescuezo de hombre".⁽¹²⁾ Con estas horrosas descripciones, los caníbales se hicieron famosos y las imágenes describiendo esta misma escena se convirtieron en un verdadero icono que proliferó en las imprentas europeas. Los caníbales irían así perdiendo su legendaria cabeza de perro, con la cual habían sido representados en el arte medieval, para encarnar a las tierras americanas, como símbolo de este nuevo continente. Si bien el siglo XVI es el de los grandes descubrimientos geográficos, adelantos técnicos y científicos, una mentalidad medieval todavía anima a los contemporáneos que sueñan con seres maravillosos y mundos mejores. La travesía de Cristóbal Colón a las tierras americanas, si bien inaugura una nueva época, es quizás el último viaje medieval. **P**

(5) Weckmann, Luis, Op.Cit, pág.74

(6) Colón, Cristóbal, La Carta de Colón. Anunciando el Descubrimiento, Edición de Juan José Antequera Luengo, Alianza Editorial, Madrid, 1992, pág. 52.

(7) Colón, Cristóbal, Textos y Documentos Completos., Op.Cit., pág. 234.

(8) "First the word, then the object: it was in this immutable order that the Columbian legend of the Canibal was transmitted and orchestrated", Lestringant, Frank, Cannibals. The Discovery and Representation of the Cannibal from Columbus to Jules Verne., Polity Press, Cambridge, 1997, pág. 33.

(9) Colón, Cristóbal, Textos y Documentos., Op.Cit, pág. 131.

(10) Colón, Cristóbal, Op.Cit, pág. 145

(11) Colón, Cristóbal, Op.Cit, pág. 237.

(12) Carta del doctor Chanca en Gutiérrez, Antonio, América, Descubrimiento de un Nuevo Mundo. Ediciones Istmo, Madrid, 1990, pág. 185.

Y verás como quieren en Chile...

Una mirada al origen de esa proverbial hospitalidad confirmada por muchos viajeros que la consignaron en sus relatos como un rasgo característico de los hombres y particularmente de las mujeres del Chile del siglo XVIII.

■ por Rafael Sagredo

Durante su viaje por la costa occidental de América, una de las cosas que llamó la atención de Amadeo Frezier fue el haber encontrado que “en Chile se practica mucho la hospitalidad”, a consecuencia de lo cual se “recibía muy generosamente a los extranjeros” (1). La impresión que el científico francés se formó en 1712 sería confirmada por numerosos viajeros a lo largo del siglo XVIII. Por ejemplo, los científicos de la Expedición Malaspina, quienes en 1790 escribieron sobre “la atención y obsequio de todas estas gentes”, el “trato fino y amable” y “la hospitalidad constante” de los que llamaron “españoles chilenos”. Alabando su carácter “sumamente amable y obsequioso”, afirmaron, “nada ponderan los viajeros que tanto han ensalzado su generosidad” (2). ¿Qué razón podría justificar

satisfacción de hacer más llevaderos los días de los viajeros, sería la causa esencial de la hospitalidad mostrada por los habitantes de Chile.

Explicación razonable, en especial considerando que en las costas de esta gobernación rara vez se recibían extranjeros, y que por ello su arribo representaba todo un acontecimiento para la aislada sociedad local. Así, no debe extrañar que los europeos en viaje por América fueran bien recibidos y reiteradamente agasajados en Chile, y que su presencia provocara gran expectación, a tal punto que sus actividades,

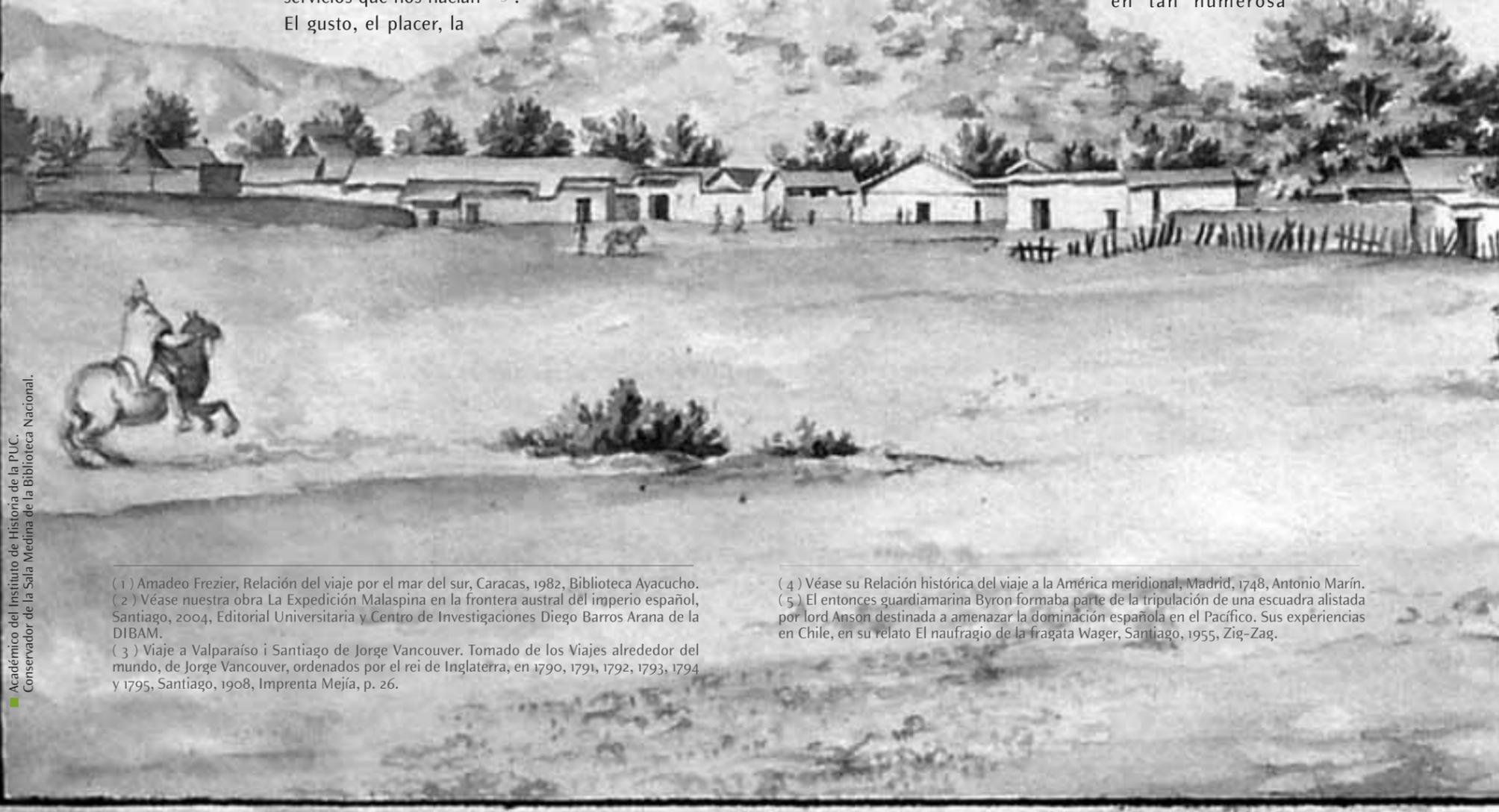
Los habitantes de Chile desarrollaron una personalidad que no sólo los hizo cultivar un “ardiente amor al suelo natal”; sino que también los llevó a mostrarse hospitalarios y afectuosos con los afuerinos. Rasgos, estos últimos, surgidos como mecanismo de consuelo y como práctica destinada a fortalecer el cuerpo social a través de la valoración que ofrecían los extranjeros.

así como los momentos de relación que provocaba su estadía, adquirieran el carácter de instancia de satisfacción de la modesta y reiterativa sociabilidad local que, gracias a su presencia, se veía sacada de su ostracismo y prestigiada.

tantas atenciones para con los extranjeros. Esa característica hospitalidad de los pobladores de la más remota de las posesiones españolas en América? George Vancouver, que arribó a Chile en 1795, ofrece una explicación. Al relatar que “nos recibían de una manera tan obsequiosa que no pensábamos serles carga pesada”, agrega que “el placer que cada uno nos atestiguaba, alejaba de nosotros todo sentimiento que no fuera el de reconocimiento por los buenos servicios que nos hacían” (3).

El gusto, el placer, la

De su paso por Casablanca, Vancouver cuenta que todos “se arreglaban lo mejor que podían para recibirnos”, y que en Santiago, en una ceremonia a la que asistieron “los oficiales militares y los principales habitantes de las ciudades y los alrededores”, sólo las atenciones que recibieron “disiparon el embarazo que tuvimos al principio al encontrarnos arrojados en tan numerosa



(1) Amadeo Frezier, Relación del viaje por el mar del sur, Caracas, 1982, Biblioteca Ayacucho.
 (2) Véase nuestra obra La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español, Santiago, 2004, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la DIBAM.
 (3) Viaje a Valparaíso i Santiago de Jorge Vancouver. Tomado de los Viajes alrededor del mundo, de Jorge Vancouver, ordenados por el rei de Inglaterra, en 1790, 1791, 1792, 1793, 1794 y 1795, Santiago, 1908, Imprenta Mejía, p. 26.

(4) Véase su Relación histórica del viaje a la América meridional, Madrid, 1748, Antonio Marín.
 (5) El entonces guardiamarina Byron formaba parte de la tripulación de una escuadra alistada por lord Anson destinada a amenazar la dominación española en el Pacífico. Sus experiencias en Chile, en su relato El naufragio de la fragata Wager, Santiago, 1955, Zig-Zag.

compañía de personas que parecían muy contentas por presentarse con todos los atavíos y según la etiqueta de la corte”.

Ya sea que fuera a causa de la “distancia en que se hallaban del esplendor y del progreso de los pueblos europeos” o de “su inferioridad respecto de algunas de las otras colonias del rey”; de las dificultades económicas; de la crudeza de la existencia en una “tierra de guerra”; o de las consecuencias de un “acontecer infausto” por la terrorífica sucesión de desastres ocurridos a lo largo de los siglos, lo cierto es que los habitantes de la gobernación de Chile desarrollaron una personalidad que no sólo los hizo cultivar un “ardiente amor al suelo natal”; también, los llevó a mostrarse hospitalarios y afectuosos con los afuerinos. Rasgos, estos últimos, surgidos como mecanismo de consuelo; como práctica destinada a fortalecer el cuerpo social a través de la valoración que ofrecían los extranjeros.

La seducción, íntimo placer

Los viajeros ilustrados también dejaron testimonio de que el género femenino sobresalió en la práctica de agrandarlos y agasajarlos, aunque tal vez de una manera un tanto desinhibida para sus costumbres.

En las primeras décadas del siglo Amadeo Frezier afirmó que los atractivos que la educación da a las españolas en estas latitudes son “tanto o más turbadores cuanto que generalmente van acompañados de un hermoso porte; agregando que generalmente “son bastante simpáticas, de ojos vivos y lenguaje jovial”. También escribió que “gustan de la galantería libre, a la que responden con ingenio y a menudo con un matiz que huele un poco a libertinaje, según nuestras maneras”. Los marinos Jorge Juan y Antonio de Ulloa calificaron a las penquistas como “bien parecidas”, y a las mujeres de Santiago las consideraron “de buen aspecto, y muy blancas y rosadas” (4).

Vancouver pondera a las jóvenes de Casablanca, “entre las cuales vimos muchas con hermosas caras”; sobre las santiaguinas afirmó que la mayor parte de ellas “no carecen de atractivos personales y muchas de las que tuvimos el gusto de ver eran generalmente morenas, de ojos negros y rasgos regulares”, concluyendo que “eran hermosas”.

Además de su belleza natural, las chilenas ciertamente se vestían y arreglaban para obtener la atención, propósito que lograron, a juzgar por las descripciones que de ellas hicieron, en medio de sus rigurosas narraciones y sesudas descripciones científicas, los comedidos científicos ilustrados y los corteseros marinos europeos. Amadeo Frezier, incluso apreciando la en ocasiones sencilla forma

de vestir de las mujeres, afirmó que “gustan mostrarse magníficas a cualquier precio que sea, aun en los lugares más ocultos”.

John Byron, que dispuso de variadas instancias para compartir con las damas santiaguinas durante su larga estadía, encontrándolas “notablemente hermosas”, concluyó que eran “muy extravagantes para vestirse” (5). Además del cabello “sumamente largo y de lo más abundoso que se puede concebir”, detalló que “sus camisas estaban llenas de encajes, y que sobre ellas se ponen un corpiño muy ajustado”.

Frezier también se había detenido en el vestuario de las mujeres cuando observó que “llevan el seno y los hombros medio desnudos, a menos que los cubran con un pañolón que les cae por la espalda

Los viajeros ilustrados dejaron testimonio de que el género femenino sobresalió en la práctica de agrandarlos y agasajarlos, aunque tal vez de una manera un tanto desinhibida para sus costumbres.

hasta la mitad de las piernas”. Pero las chilenas del siglo XVIII no sólo se daban el gusto de mostrar sus pantorrillas o coquetear con sus mantas. John Byron relata que “andan con el pecho y los hombros muy escotados”, de tal forma que, confidencia, “a decir verdad, no cuesta mucho adivinarles las formas por su manera de vestir”.

El vestuario de las señoras no fue, sin embargo, el único recurso para llamar la atención de los extranjeros de paso y de los varones en general. De hecho, éste fue sólo el complemento exterior de actitudes y gestos destinados a gratificar deseos y motivaciones cuyo origen estaba en las características de una personalidad moldeada por el aislamiento y la precariedad. Por ello es que los viajeros son reiterativos en mostrar las estrategias desplegadas por las mujeres para despertar su curiosidad y atraerlos.

El honorable John Byron resulta una pródiga fuente. Alabando sus “lindos ojos chispeantes, su ingenio muy listo y su gran fondo de bondad”, es categórico para señalar la “decidida disposición a la galantería” de las habitantes de la capital de la gobernación, así como propensión, tan humana, “a que se les admire”.

A comienzos de la centuria ilustrada Amadeo Frezier observó a las mujeres “en su casa con tanta libertad como en Francia. Criticando el exorbitante uso que las damas hacían “del afeitado llamado solimán”, así como su excesiva licencia y gusto por el coqueteo, escribe que “las proposiciones que un amante no osaría hacer en Francia sin merecer la indignación de una mujer honesta, muy lejos de escandalizarlas les causan placer, aun cuando estén muy lejos de consentir en ellas”.



A nuestro juicio Frezier capta adecuadamente la satisfacción, el goce, el placer que las mujeres de América meridional sentían al mostrarse maquilladas, dejarse apreciar y galantear por parte de los varones. Para ellas, la atención, el miramiento, la atracción que su presencia provocaba, qué duda cabe, representaba una fuente de agrado. Previendo a quienes leyeran su viaje, o lo siguieran en un itinerario similar, advirtió, “la sola prudencia humana debería bastar para impedir a un hombre caer en las trampas de las coquetas de este país. Ellas entienden perfectamente el arte de abusar de la debilidad que se tiene por ellas”.

Sin duda que George Vancouver no atendió al consejo del sabio francés, pues en su relato dejó constancia de su entusiasmo por las chilenas, cuyos “deseos de agradar, escribió, eran bien persuasivos”. De este modo no debe extrañar que algunas veladas en su compañía tuvieran para los ingleses “tantos encantos, que todos olvidamos, me parece, las fatigas del camino”.

Además de su belleza natural, las chilenas ciertamente se vestían y arreglaban para obtener la atención, propósito que lograron, a juzgar por las descripciones que de ellas hicieron, en medio de sus rigurosas narraciones y sesudas descripciones científicas, los comedidos científicos ilustrados y los cortesés marinos europeos.

La realidad observada en América llevó a Amadeo Frezier a meditar, no sólo sobre la conducta de las señoras que describe, también, y a propósito de ellas, sobre la naturaleza humana. Es así como refiriéndose a las actitudes de éstas, a las que llama “maneras simples y naturales”, el hombre de estudio “reconoce el placer y el secreto contento que sentimos cuando nos vemos buscar”.

Precariedad, hospitalidad y seducción

Si el enclaustramiento de Chile ayuda a comprender la hospitalidad de sus habitantes para con los extranjeros, que muy ocasionalmente se dejaban ver por su territorio, el dato, que con espíritu científico Malaspina y sus hombres no tardaron en constatar durante su estadía en la década de 1790, esto es que la “proporción de las mujeres con los hombres en Chile era de tres a uno”, ciertamente podría contribuir a explicar la desenvuelta forma de actuar de la población femenina.

La liberalidad de las señoras podría explicarse también en razón de que una sociedad tan constreñida como la chilena, que había hecho de la hospitalidad una actitud que marcaba su identidad y

que reafirmaba la personalidad de los sujetos que la componían, había entregado esencialmente a las mujeres el papel de atender y agasajar a los viajeros. Permitiéndoles conductas que sólo durante la ocasional presencia de extranjeros se toleraban. De este modo, el opaco, modesto e inseguro cuerpo social aprovechaba la naturaleza humana, cuando no los atributos de sus miembros, para alcanzar gratificación.

La autonomía e iniciativa de las mujeres chilenas, así como su prestancia y resolución, todos rasgos observados por los viajeros, puede ser explicada también en razón de las contingencias propias de la evolución colonial. Por ejemplo, las relaciones fronterizas en la Araucanía que por largos períodos marcaron con el sello de la violencia, la inseguridad y la inestabilidad a la sociedad, situación que las llevó a tomar responsabilidades propias de los hombres ausentes. En orden a sus motivaciones para practicar el placer de seducir, no deben descartarse aquellas relacionadas con el maltrato y abandono que, está acreditado, afectaba a la vida cotidiana de muchas mujeres. Ambas situaciones se convertían en propicias para el desarrollo de un cortejo que venía a suplir los afectos ausentes, a proporcionarles gratificación en medio de una situación de carencia.

Por último, no será que tras la propensión a agradar, a ser reconocidas y apreciadas, miradas y tomadas en cuenta, se oculta la vulnerabilidad, no sólo de la mujer, en particular, sino que también de la sociedad que estimulaba su comportamiento y actitudes. Tal vez más allá de las apariencias, la hospitalaria sociedad y las desenvueltas señoras escondían la inseguridad de su existencia, individual y social. La fragilidad de una sociedad sometida a múltiples pruebas de sobrevivencia derivadas de su desafiante realidad geográfica y, además, desmedrada condición colonial, en comparación con otros territorios del imperio.

En este sentido, se podrá sostener que la endémica fragilidad del cuerpo social desarrolló un mecanismo de compensación a través del agasajo y la obsequiosidad, incluso el cortejo, de los extranjeros. Dicha actitud no sólo proporcionaba placer y satisfacción individual, en especial, contribuía a sustentar la vida social. De ahí la propensión de los chilenos a buscar reconocimiento en el forastero. Sus halagos, su consideración, hacen más llevadera una existencia entonces muy precaria.^P



Viaje ¿Perdido o recuperado?



■ por Joaquín Ferrandois

Se dice que viajar está al alcance de todos. Ya sea por trabajo o por placer, en la mayoría de los continentes la posibilidad de trasladarse está hoy abierta a las grandes mayorías.

Con todo, al hablar de “desplazamiento”, me refiero principalmente al turismo, esa forma de viajar masiva, colectiva, “standard”, con todo programado, hasta la intensidad de las emociones y del “pasarlo bien”. No quiero dejar caer el velo de la sospecha, que con arrogancia nos puede hacer suponer que despreciamos la condición del turista. En un momento u otro, todos nos comportamos como turistas, que queremos en todas partes estar en algo nuevo, con nuevas sensaciones, pero a la vez colocadas en un entorno familiar, que es igual en todas partes del mundo.

A lo que me refiero, es que muchos sienten que con el turismo masivo “algo” se perdió. Había un misterio del paisaje natural o cultural al que por primera vez nos asomábamos; había esa ingenuidad de parte del viajero que sólo era un estado de apertura para asumir lo nuevo, lo antes extraño, y que ahora nos enriquecería; el viajero volvía más sabio, no sólo más feliz (si es que) como el turista. El turismo tiene la ética del mundo del trabajo, del programa, de lo organizado, aunque se recubre de libertad falsa, como aquello de que “me desconecto”. El turismo está asociado a las “vacaciones”; el viaje puede experimentarse indiferentemente a si se trata de “trabajo” o de “descanso”. El viajero estaba siempre despierto, listo para una labor de aprender, que era a la vez de ser más. El turista quiere hallar en todas partes lo que esperaba; es un ente que se desplaza sin viajar. Gabriela Mistral ha expresado que “el viaje es aquel sin puerto deliberado de destino, sin día (que) corresponde a hombres libres que existen en no sé qué planeta y que no tienen más objeto de vida que la vida (...) Antes el viaje constituía suceso, dividía la vida en dos partes, como el matrimonio; ahora va convirtiéndose, ahora va volviéndose ejercicio vulgar como el baño”.

Se podría hacer una tipología de evolución. Primero estuvo la exploración, etapa de riesgo ante lo completamente desconocido; al final el turismo, el trasladarse sin cambiar de medio, sin conocer lo nuevo, sin apreciar lo único. Entremedio

está el viaje, que se realiza en una época de seguridad mínima; a la vez, viajeros y viajeras están con un espíritu abierto a la maravilla de ese lugar. Una vez llegado el turismo, se instala la vulgaridad, aunque nadie podría negar el derecho de centenares de millones de personas a desplazarse para obtener satisfacciones banales pero inocuas.

¿Se murió definitivamente el viaje? No necesariamente; quizá la exploración se acabó con Charles Lindbergh en 1927, o Thor Hayerdal en 1948; sobrevive estrechamente ligada a la ciencia, indistinguible del aparato de reproducción material; o por la osadía no poco nihilista del deporte violento. Del turismo, no cabe la menor duda de que tiene un futuro rozagante. La tríada exploración/viaje/turismo no tiene por qué ser inexorablemente sucesiva. En el siglo XIX se daban los tres fenómenos de manera más o menos conjunta. Cuando el viaje por avión desplaza definitivamente al viaje por mar, hacia 1960, parece restar solamente el turismo. Sin embargo, las cosas podrían enfocarse de otra manera. El turismo y el viaje pueden coexistir en el hombre civilizado que aprenda a vivir entre fuerzas contradictorias. Podrá (re)descubrir la magia del viaje si pone algún empeño. Lo principal es que el ser humano se abra a la maravilla de lugar que visita, aunque lo haga mil veces a lo largo de la vida. Cuando ese lugar tiene un paisaje y una historia que le sea sensible al observador, aparece su carácter único. El que se desplaza a contemplarlo en ese semblante, será siempre un viajero. P



El Huaso y la lavandera. J. J. Rugendas. Gentileza Museo Nacional de Bellas Artes.

El paisaje chileno en los pintores viajeros del romanticismo

Punto de partida y preludeo insoslayable en la representación de nuestra tierra en tiempos republicanos, la mirada de los pintores viajeros del romanticismo constituye, a la vez, un documento que ilustra la geografía del país, el mundo rural y sus costumbres; y una representación estética con un valor creativo propio.

■ por Isabel Cruz

Para el nacionalismo decimonónico, los países se muestran y se reconocen visualmente no sólo en los retratos de sus gobernantes y de su aristocracia, ni en las grandes escenas mitológicas e históricas del neoclasicismo, sino más precisamente en la representación de su territorio, de sus montañas y bosques, de sus campos y ríos, de sus costas y océanos, de su gente, "el pueblo" que los habita y obtiene de él su sustento.

No es extraño, entonces, que en Chile, a poco de producida su Independencia, la pintura de paisaje adquiera carta de ciudadanía.

Visto y plasmado por los artistas viajeros del romanticismo, el paisaje chileno inicia un desarrollo y un despliegue que se extenderá con énfasis y enfoques diferentes hasta la actualidad. Con estos artistas el paisaje retoma su sentido etimológico de mostrar e identificar el "país de origen"

Una pléyade de más de medio centenar de pintores procedentes de diversos países de Europa y de Norteamérica arriba a nuestras costas entre 1820 y 1850. Algunos incluyen la visita a nuestro país como parte de un itinerario "panamericano", otros se establecen aquí por un tiempo o bien definitivamente, formando hogar y familia y profesión.

Los ingleses Carlos Wood, John Searle, August Earle, Conrad Martens, Nathanael Huyghes; los centroeuropeos Heinrich Jenny, Juan Mauricio Rugendas, Roberto Krause, Otto Grashoff, Martin Drexel y Alexander Simon; los franceses Diego Paroissien, Narciso Desmadryl, Raimundo Monvoisin, Clara Filleul, Ernesto Charton de Treville, Amadeo Gras, Max Radiguet y Claudio Gay; los italianos Juan Bianchi, Camilo Domeniconi, Alejandro Cicarelli, José Origoni, Giovato Molinelli, el norteamericano Jacob Ward entre otros, producen un cambio radical en las orientaciones y en las prácticas artísticas cultivadas hasta entonces en Chile.

En la pintura virreinal el paisaje no había tenido una existencia per se, sino servía fundamentalmente como telón de fondo de las figuras religiosas; era un escenario donde se desarrollaba la vida de los santos y especialmente sus milagros, su encuentro con lo sagrado.

Las expediciones de exploración científica que la Europa dieciochesca envía a América empiezan a incorporar a un dibujante y pintor que animado de tempranas preocupaciones geográficas y antropológicas, junto con representar las gentes y costumbres del Nuevo Mundo, comienza a mostrar las peculiaridades de su territorio, su flora y fauna.

A partir de 1820, con los artistas viajeros del romanticismo, el mar de Chile y su cordillera, sus ríos y valles, los pueblos originarios y su gente de campo, son mirados como valores artísticos y de identidad desde la óptica de una concepción del hombre en unidad con la naturaleza y de ésta como parte del orden divino.

La concepción unitaria y convergente del paisaje plasmada por los pintores románticos enfatiza tres acentos:

- Aquél que resalta las magnitudes desmesuradas, sobrecogedoras y amenazantes de la naturaleza, sus fuerzas desatadas en la tierra o en el océano, que en la estética romántica recibe el nombre de "lo sublime".
- Otro acento puesto en los lugares árcades, en las campiñas que aún circundan las ciudades y pueblos, en las lejanías que se desvanecen en la luz crepuscular donde la vista se explaya, guiada por la serenidad del espectáculo natural.
- Y un tercer acento puesto en los habitantes de un lugar como ámbito originario, captados en sus usos y costumbres.

Para los viajeros ingleses que nos visitan, el océano Pacífico se transforma en una de las temáticas más representativas del primer aspecto de la pintura del paisaje nacional; lugar dotado a la vez de un significado simbólico, sentimental y nacionalista y que en contraste con su nombre puede transformarse en escenario amenazante, poniendo en jaque la existencia del hombre. Así lo percibe el marino y pintor inglés establecido en



El naufragio del Arethusa en 1826. Carlos Wood. Gentileza Museo Nacional de Bellas Artes.

Chile en 1819, Carlos Wood (1793-1856), en su cuadro «El naufragio del Arethusa en 1826», en el Museo Nacional de Bellas Artes, la primera pintura romántica ejecutada en Chile. Una dramática sentimentalidad se vuelca en las olas tempestuosas abatiéndose sobre el casco volcado de la embarcación; la luminosidad en diagonal rasga el cielo sombrío y un claroscuro violento acentúa los perfiles de la playa solitaria donde los naufragos luchan desesperadamente contra las fuerzas de los elementos. El tema del naufragio fascina a los artistas románticos pues les permite cuestionar críticamente los excesos del racionalismo ilustrado y en el dilema entre naturaleza y cultura, que escinde el espíritu de la época, mostrar el triunfo de las fuerzas naturales y antirracionales en el escenario epocal.

Imbuido de similar concepción romántica sobre las relaciones entre naturaleza y civilización surgidas en el seno de la cultura urbana europea del siglo XVIII, una sociedad que se ha dejado permear por “el malestar en la cultura”, el pintor napolitano Alejandro Cicarelli (1810-1879), fundador de la Academia Chilena de Pintura en 1849, plasma en 1853 la “Vista de Santiago desde Peñalolén” en la colección del Banco de Santiago; obra representativa del segundo de los acentos sobre el paisaje chileno efectuado por los pintores del romanticismo europeo. Ha venido al país con un equipaje de motivos clasicistas y mitológicos de la antigüedad grecolatina pero aquí la naturaleza lo atrapa y se hace paisajista. De copiar yesos y bustos se traslada de pronto en su caballo negro, como caballero pintor, vistiendo tongo y levita, a trazar con su pincel la puesta de sol desde las laderas de los cerros en Peñalolén, seducido por ese crepúsculo acentuadamente romántico que sus ojos descubren tras los encierros del taller; paisaje pleno de espacialidad, que se esfuma en lontananza al caer el día, donde apenas se dibujan en perspectiva los perfiles nacientes de nuestra capital.

Tales postulados son también los que estimulan al pintor bávaro Rugendas (1802-1858), quien llega a Chile en 1834 procedente de México, a captar en el óleo “El huaso y la lavandera”, en la colección del Museo Nacional

El tema del naufragio fascina a los artistas románticos pues les permite cuestionar críticamente los excesos del racionalismo ilustrado y en el dilema entre naturaleza y cultura, que escinde el espíritu de la época, mostrar el triunfo de las fuerzas naturales y antirracionales en el escenario epocal.

de Bellas Artes, algunos de los rasgos fundamentales de esta pareja típica. Para que un pintor europeo pudiese valorar lo que significaba el huaso como tipo humano propio de la cultura campesina, en su originalidad, en su profundo arraigo a la tierra de la zona centro-sur de Chile y en su peculiar rasgo, ha sido necesario un vuelco más allá de las ideas ilustradas, como muestra esta tela característica del tercer aspecto de la pintura de los artistas viajeros.

En su transparencia libre de contaminación, el aire se llena con la latente conversación entre ambos; ella algo taimada, mientras se aplica con mayor fuerza a su enjuague y el rostro se le enciende con el esfuerzo y el asedio, él echando requiebros entre dientes, mientras la va cercando insensiblemente desde la altura de su caballo, caballero en sus remotos orígenes, conquistador de territorios pero también de cuerpos. La escena se desarrolla en un canalicillo de la zona central donde el álamo pone un toque que se va haciendo característico y el rojo de la manta que traza con el paño blanco el eje oblicuo de cuadro siguiendo la dirección de las miradas y el sentido de la conversación, encabrita el reposo de los verdes como un destello de la flexibilidad de este atavío, que el pintor acusa con la nitidez de lo propio, pero despliega también en torno a la figura, en la multiplicidad de su uso.

Visto y plasmado por los artistas viajeros del romanticismo el paisaje chileno inicia un desarrollo y un despliegue que se extenderá con énfasis y enfoques diferentes, hasta la actualidad. Con estos artistas el paisaje retoma su sentido etimológico de mostrar e identificar el “país de origen”, en cuanto retrata la idiosincrasia de sus habitantes en los lugares que les son propios. A la luz de las nuevas categorías estéticas de la cultura del momento, el exotismo y la diversidad, la mirada contemplativa y desinteresada del arte, valora nuestra naturaleza y los hombres que la pueblan en su singularidad signficante. **P**



□ Basaltos del río Torbido, Chile hacia 1850. Atribuido a Vander-Burch. En Viaje de un Naturalista alrededor del mundo. Colección Biblioteca Nacional

La representación del paisaje y el mito del paraíso

“Esta tierra es toda un pueblo e una sementera, y una mina de oro, y si las casas no se ponen unas sobre otras no pueden caber en ella más de las que tiene”.

Pedro de Valdivia

■ por Pablo Camus

La idea de que el territorio chileno se encontraba virgen, prístino e intocado por la mano del hombre a la llegada de los conquistadores, está profundamente arraigada en el imaginario histórico nacional. Presentamos aquí una hipótesis que desmiente tal creencia.

Estimamos que el medio ambiente nacional no era un paraíso o una copia feliz del Edén tal como nos indica, por ejemplo, Rafael Elizalde en su obra clásica *La Sobrevivencia de Chile*. El principal problema de Elizalde es que realizó sus planteamientos basado principalmente en Najera, Ovalle, Rosales, Vidaurre, Olivares, Molina, Córdova y Figueroa, Carvallo y Goyeneche, todos escritores posteriores al siglo XVI, que no fueron testigos directos de los hechos y que por lo tanto no presenciaron directamente el medio ambiente chileno en la época de la conquista.

Un argumento que apoya esta hipótesis es la numerosa población indígena que habitaba estos territorios por más de 10.000 años. No es posible pensar que en todo ese tiempo los habitantes originales no causarían impactos negativos sobre el medio ambiente nacional, sobre todo si conocían el fuego, la agricultura y se asentaban en forma dispersa sobre el territorio. Debió haber numerosos espacios despejados de bosques e intervenidos por el hombre para practicar sus cultivos. Pensamos que esto es lo que percibió el conquistador Pedro de Valdivia al escribir al emperador Carlos V la misiva que encabeza estas líneas y donde anota también que la tierra es; “próspera de ganado como lo del Perú, con una lana que le arrastra por el suelo. Abundosa de todos los mantenimientos que siembran los indios para su sustentación, así como maíz, papas, quínoa, madi, ají y frijoles” ⁽¹⁾.

La principal fuente que disponemos para dilucidar estas interrogantes son los cronistas españoles contemporáneos a los hechos. Especialmente importante es la obra de Gerónimo de Vivar, quien siempre encuentra la oportunidad para detenerse en la descripción del clima, del paisaje, de la flora y de la fauna del Reino de Chile ⁽²⁾. Otra obra básica es la crónica de Alonso de Góngora Marmolejo, soldado que cuenta las distintas noticias sin grandes adornos ni pretensiones literarias, pero con claridad y exactitud por lo que es de gran utilidad para nuestros fines ⁽³⁾. También hemos considerado la crónica de Pedro Mariño de

(1) *Cartas de don Pedro de Valdivia al emperador Carlos V*. Colección de Historiadores de Chile, Tomo I, Imprenta del Ferrocarril, Santiago, Chile, 1861, p.55.

(2) Gerónimo de Vivar: *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* (1558). Edición de Leopoldo Sáez Godoy, Biblioteca Ibero-americana, Berlín, Alemania, 1979.

(3) Alonso de Góngora Marmolejo: *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575*. Colección de Historiadores de Chile, Tomo II, Imprenta del Ferrocarril, Santiago, Chile, 1862.

Lovera, aun cuando esta obra ha llegado hasta nosotros a través de una reelaboración escrita por el padre Bartolomé de Escobar, quien no vivió en Chile, lo cual resta mérito al texto (4). Hemos estudiado, asimismo, el poema épico “La Araucana” de Alonso de Ercilla, quien llegó a Chile en 1557 percibiendo el entorno geográfico poco después de la llegada de los primeros conquistadores pues, según Diego Barros Arana, sus descripciones son dignas de confianza, especialmente aquellas donde da cuenta del paisaje (5).

Si tomamos el testimonio de los cronistas contemporáneos a los hechos, podemos inferir la alternancia de bosques y tierras despejadas donde los indígenas se asentaban y practicaban la agricultura. Se trata entonces de un territorio intervenido sobre todo en los llanos y en los sectores ribereños. Así, los territorios del Cachapoal, Maule, Bio Bio, Arauco, Purén, Angol, Toltén, Cautín y Valdivia se encontraban densamente poblados e intervenidos por prácticas agrícolas (6).

Algunos de los testimonios que siguen reafirman nuestros planteamientos: Vivar nos entrega una visión de los cultivos que se practicaban en los llanos de la zona de Concepción señalando que “dase mucho trigo y cebada. Y los naturales tienen maíz, frijoles y papas y una hierba a manera de avena, que es buen mantenimiento para ellos. Son muy grandes labradores y cultivan muy bien la tierra” (7). Millapoa, donde Hurtado de Mendoza tuvo una memorable batalla con los indígenas, era, según Lovera, “tierra de gran fertilidad, hermosura y recreación no menos extensa que poblada” (8). Arauco debió tener extensas zonas despejadas de bosque por la numerosa población que allí habitaba, pues a media legua de la costa los españoles hallaron “muy gran cantidad de casa y mucha población” (9). Por su parte, Lovera afirma que “había en este tiempo grandes sementeras de trigo en los estados de Arauco que pasaban de cien mil fanegas sembradas por los españoles” (10). La región comprendida entre el río Itata y el río Toltén se encontraba densamente poblada, especialmente en los sectores planos no montañosos. Vivar afirma que “todo este término está muy poblado de gente muy belicosa” (11). En el río Cautín la expedición de Vivar halló una tierra “tan poblada como la de Arauco” (12). En las cercanías de la ciudad de Valdivia, una expedición española encontró “unas grandes llanadas, tan llenas de poblaciones, cuanto abundantes sementeras de maíz, frijoles, papas, quínoa, y otros granos y legumbres” (13).

Es interesante señalar que producto del descenso demográfico posterior a la conquista la provincia de Valdivia se pobló de bosques en los siglos siguientes. Así, en el siglo XIX, Rodolfo Amando Phillipi, señalaba que la vegetación de la provincia de Valdivia era “tan vigorosa i lozana, que una pampa abandonada a sí misma, en pocos años se vuelve monte. Es lo que palpo todos los años en mi fundo. Muchos lugares que eran campos i cultivos al principio de este siglo, ahora están cubiertos de árboles grandes e impenetrables por la quila i otros arbustos; se conocen distintamente caminos distintos en el monte ahora enteramente cerrados e intransitables, i aun en los ocho años que poseo este fundo varias pequeñas pampitas se han cubierto de monte nuevo” (14). En este sentido, Phillipi planteaba que “el monte invade más i más la provincia de Valdivia. No puede haber la menor duda que esta parte de la República era sumamente poblada cuando los españoles la descubrieron. D. Pedro de Valdivia i sus sucesores encontraron ejércitos numerosos, i había miles de indios sitiando al mismo tiempo las ciudades de Valdivia i Osorno. Estos se alimentaban entonces únicamente de vegetales, pues no conocían ningún animal doméstico, i las vacas, ovejas, caballos no habían tenido tiempo de multiplicarse i de llegar a ser un alimento de los más pobres. Esta circunstancia sola es una prueba evidente de que debían cultivar una extensión mucho mayor del que se cultiva en el día” (15).

(4) Pedro Mariño de Lovera: *Crónica del reino de Chile, reducida a nuevo método y estilo por el padre Bartolomé de Escobar*. Colección de Historiadores de Chile, Tomo VI, Santiago, 1865.

(5) Alonso de Ercilla: *La Araucana*. Sopena, Barcelona, España, 1974. Barros Arana, Diego: *Historia Jeneral de Chile*. Tomo II, Rafael Jover Editor, Santiago, Chile, p.267.

(6) Berninger, Otto: *Bosque y tierra despejada desde la conquista española*. 1929. Traducción y comentarios de Isolda Navarro. Memoria de Prueba para optar al título de profesor de Estado en las asignaturas de Historia, Geografía y Educación Cívica. Santiago, Chile, 1966.

(7) Gerónimo de Vivar: *Crónica y relación...* Op. Cit. p. 181 y 182.

(8) Pedro Mariño de Lovera: *Crónica del reino de Chile...* Op. Cit., p. 209.

(9) Alonso de Góngora Marmolejo: *Historia de Chile desde...* Op. Cit., p. 25.

(10) Pedro Mariño de Lovera: *Crónica y relación...* Op. Cit., p. 164.

(11) Gerónimo de Vivar: *Crónica y relación...* Op. Cit., p. 184.

(12) *Ibid.*, p. 25.

(13) Pedro Mariño de Lovera: *Crónica del reino de Chile...* Op. Cit., p. 136.

(14) Rodolfo Amando Phillipi: *Geografía de la Provincia de Valdivia*. Revista del Pacífico, 1860, p. 625.

(15) *Ibid.*, p. 624-625.



Sobre el posible avance de los bosques y reafirmando las percepciones de Phillipi existen testimonios notables como el de Francisco Vidal Gormaz, escrito en 1869: “al recorrer nosotros el territorio litoral i parte del interior, comprendido entre el río Imperial y el archipiélago de Chiloé por el espacio de cuatro años consecutivos, hemos podido notar el incremento rápido de los bosques. Por todas partes se notan vestigios de rucas e inmensos retoñales al paso que los desmontes modernos o más propiamente contemporáneos, son mucho más reducidos i limitados, fenómeno que hace ver la disminución de la población indígena i con ello el incremento de los bosques” (16).

Volviendo a los tiempos de la conquista, al sur de los llanos de Osorno los bosques eran muchísimo más espesos y el territorio más virgen y menos poblado. Ercilla, que participó en la expedición de Hurtado de Mendoza hasta el golfo de Reloncaví, describió aquellos boscosos parajes de la siguiente manera:

Nunca con tanto estorbo a los humanos
Quiso impedir el paso la natura,
y que así de los cielos soberanos
los árboles midies en el altura;
ni entre tantos peñascos y pantanos,
mezcló tanta maleza y espesura,
como en este camino defendido,
de zarzas, breñas y árboles tejido (17).

A partir de estas reflexiones no parece forzado plantear que a la llegada de los españoles el territorio nacional no era un espeso y cerrado bosque de mar a cordillera, pues existían grandes extensiones de tierras despejadas que permitían la subsistencia de los pueblos indígenas asentados en aquellos territorios. De otro modo los indígenas no habrían tenido el suelo o espacio necesario para sus asentamientos y su incipiente agricultura. Desde el río Maipo al norte los cerros no eran montañosos. Avanzando hacia el sur los bosques cubrían cada vez más las pendientes de los Andes, la Cordillera de la Costa y los terrenos ondulados por colinas y quebradas. Paralelamente aumentaba más la diversidad de especies por la transición de las condiciones ecológicas semidesérticas del norte con las lluviosas del sur. Uno de los principales vacíos de información se encuentra en la descripción de los territorios de la Cordillera de los Andes lo cual nos indica que podría tratarse de territorios poco poblados y en general cubiertos por bosques. De hecho, la principal actividad de las bandas de la zona era la caza y la recolección, no el cultivo. Entre estos parajes, por la depresión intermedia, los llanos y las tierras despejadas, con sus sementeras y asentamientos humanos, ocupaban dilatadas extensiones. En todo caso al sur del río Toltén, si bien existían importantes manchones de tierras despejadas, lo que predominaba era el bosque, incluso en los sectores intermedios. **P**

(16) Francisco Vidal Gormaz: Reconocimiento del río Valdivia i de la costa comprendida entre Corral y Reloncaví. Memoria de Marina. 1870.

(17) Alonso de Ercilla: *La Araucana*. Op. Cit., p. 525.



PEREGRINACIONES DE UNA PARIÁ

■ Flora Tristán

El árabe en el desierto no experimenta un gozo más vivo a la vista de la fuente que debe apagar su sed ardiente; el prisionero que, después de una larga detención, recobra su libertad siente menos alegría. ¡Tierra, tierra! Esa palabra, después de largos meses pasados entre el cielo y el abismo, encierra todo para el navegante: es la vida íntegra con sus goces, es la patria. Entonces los prejuicios nacionales se callan, no se siente sino el lazo que une a la humanidad; son los goces sociales, la dulce sombra y los prados esmaltados, el amor y la libertad; en fin, esa palabra tierra hace nacer en sí el sentimiento de seguridad que, después de grandes peligros, da un encanto mágico a la existencia...

Estábamos todos en el puente, ávidos de descubrir esta tierra que en ese instante cada uno de nosotros embellecía con los sueños de su imaginación: el corazón nos palpitaba mientras doblábamos el cabo que termina la lengua de tierra y forma la bahía de la Praya. ¿Qué íbamos a ver? Fue en este anclaje en donde me esperaba la primera decepción de mi viaje. Yo no era muy fuerte en geografía y como no había leído jamás la descripción de la Praya, improvisé una en mi cabeza. Pensaba que una isla llamada Cabo Verde debía necesariamente ofrecer a la vista de los navegantes un paisaje de verdor; pues ¿a qué causa, sino a esa, habría que atribuir el origen de su nombre? No pensaba entonces que los nombres tienen a menudo su origen en circunstancias extrañas que, la mayor parte del tiempo, no guardan la más ligera relación con las cosas que esos nombres designan. Lo que se llama en el Cabo de Hornos, la Tierra del Fuego parece la Tierra del hielo; pero quien la descubrió creyó ver fuego por no sé qué ilusión de óptica, y la llamó tal como se presentaba a su vista. De igual modo Valparaíso (Valle del Paraíso) recibió ese nombre divino de los primeros marinos españoles que abordaron a su bahía; después de una travesía tan larga y tan penosa, hubieran llamado igualmente paraíso a la costa más árida, al país más espantoso, con tal que respondiera a la palabra tierra. ¡Oh! La tierra es, en efecto, el paraíso del hombre; pero es él quien debe plantar la viña y el olivo, y arrancar las espinas y los zarzales.

(En Peregrinaciones de una Paria. pp. 44-45)



■ Camilo Yáñez, Investigación del Paisaje Chileno actual. Pintura al óleo, serigrafía. 300X180 cm

La disección del paisaje

■ Rodrigo Piraces

Está ya dicho que el paisaje es el encuadre de lo que miramos, la parcelación de la gran presencia natural.

Entonces es pertinente preguntarse por el sentido que tendría el pintar un paisaje sobre la base de una fotografía, donde ya existe una "mirada". Podríamos decir que el resultado de aquella obra sería la "sobremirada" del paisaje chileno, donde las contraposiciones de construcción de imagen apelan a objetivos diametralmente opuestos, por un lado el proceso fotográfico administra la fugacidad de la captura con la capacidad reproductiva de la imagen, sin embargo, la pintura se cimienta en la demora contemplativa y en el cuerpo único de obra.

Camilo Yáñez articula esta oposición como un recurso de contenido, es decir, sólo podemos descubrirlo en la bitácora del viaje creativo, aun así esta visualidad nos somete a ángulos de vista más bien tradicionales, "conocidos" por decirlo de algún modo.

La disposición de la imagen queda recortada en el interior de la tela, como si el autor quisiera recuperar la primera vista del paisaje, su identidad fotográfica desde su existencia pictórica, como retrocediendo en un pasillo con puertas simultáneas que van sumando sus identidades mientras se eliminan consecutivamente las fronteras físicas.

Una segunda tensión se dibuja en el descentramiento del encuadre, donde la imagen parece existir independientemente, como sobrepuesta en la tela y caída en el ángulo inferior izquierdo, haciendo sentir el peso de sus procesos como una metáfora. Por último y en el ángulo contrario, la gráfica árida y técnica de un plano de maquinaria se posiciona casi como la huella de un timbre, donde el gesto mecánico de la serigrafía involucra todos los pasos anteriores de la obra, pero además se suma como una visualidad de la razón, como un "paisaje" del conocimiento humano.

Yáñez nos propone una vista caleidoscópica, donde la imagen rebotada en los espejos del proceso decantan en una verdadera autopsia "visual del paisaje chileno actual", donde la pregunta sobre la mirada define nuestro ángulo de vista y nuestra posición, dejándonos desnudos y vulnerables al ejercicio de un buen bisturí.



Texto de selección

LA PARTIDA

Odio los viajes y los exploradores. Y he aquí que me dispongo a relatar mis expediciones. Pero, ¡cuánto tiempo para decidirme!... Hace quince años que dejé el Brasil por última vez, y desde entonces muchas veces me propuse comenzar este libro; una especie de vergüenza y aversión siempre me lo impedía. Y bien, ¿hay que narrar minuciosamente tantos detalles insípidos, tantos acontecimientos insignificantes? La aventura no cabe en la profesión del etnógrafo; no es más que una carga; entorpece el trabajo eficaz con el peso de las semanas o los meses perdidos en el camino; horas ociosas mientras el informante se escabulle; hambre, fatiga y hasta enfermedad; y siempre, esas mil tareas ingratas que van consumiendo los días inútilmente y reducen la peligrosa vida en el corazón de la selva virgen a una imitación del servicio militar...

No confiere ningún galardón el que se necesiten tantos esfuerzos y vanos dispendios para alcanzar el objeto de nuestros estudios, sino que ello constituye, más bien, el aspecto negativo de nuestro oficio. Las verdades que tan lejos vamos a buscar sólo tienen valor cuando se las despoja de esa ganga. Ciertamente, se pueden consagrar seis meses de viaje, de privaciones y de insostenible hastío para recoger un mito inédito, una nueva regla de matrimonio, una lista completa de nombres clánicos, tarea que insumirá solamente algunos días, y, a veces, algunas horas. Pero este

desecho de la memoria: "a las 5 y 30 entramos en la rada de Recife mientras gritaban las gaviotas y una flotilla de vendedores de frutas exóticas se apretujaba contra el casco". Un recuerdo tan insignificante, ¿merece ser fijado en papel?

Sin embargo, este tipo de relato encuentra una aceptación que para mí sigue siendo inexplicable. Amazonía, el Tíbet y África invaden las librerías en la forma de relatos de viaje, informes de expediciones y álbumes de fotografías, donde la preocupación por el efecto domina demasiado, como para que el lector pueda apreciar el valor del testimonio que se da. Lejos de despertar su espíritu crítico, pide cada vez más de este pienso que engulle en cantidades prodigiosas. Hoy, ser explorador es un oficio; oficio que no sólo consiste, como podría creerse, en descubrir, al término de años de estudio, hechos que permanecían desconocidos, sino en recorrer un elevado número de kilómetros y acumular proyecciones, fijas o animadas, si es posible en colores, gracias a lo cual se colmará una sala durante varios días con una multitud de oyentes para quienes vulgaridades y trivialidades aparecerán milagrosamente transmutadas en revelaciones, por la única razón de que, en vez de plagiarlas en su propio medio, al autor las santificó mediante un recorrido de 20.000 kilómetros".

Tristes Trópicos
Claude Lévi-Strauss, 1955.

Editorial "Aún creemos en los sueños" y
Le Monde Diplomatique

Presentan su último libro

Luis Sepúlveda recuerda, con emoción, sus años de estudiante secundario, cuando soñaba con quedarse escondido todo un fin de semana en una biblioteca. También se refiere a sus otros sueños, los de un mundo solidario y fraterno.

Con su particular y entretenido estilo, el autor de "Un Viejo que leía novelas de Amor" cuenta diversas anécdotas y habla de su relación con los libros y los autores que lo marcaron.

El libro comienza con su intervención en el lanzamiento de nuestra editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS y continúa con "El memorial de los años felices" y otras crónicas de Luis Sepúlveda.

la publicación de
**MONDE
diplomatique**

**El Poder
de los Sueños**
Luis Sepúlveda



EDITORIAL AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

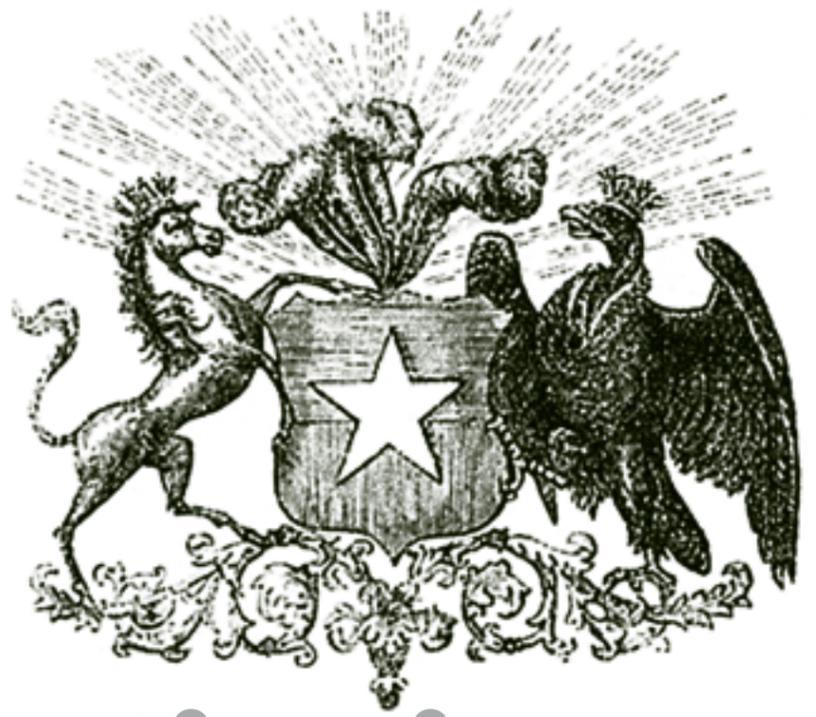
Suscríbese a
Le Monde Diplomatique

*Ofertas especiales para bibliotecas
en suscripciones y colecciones de libros*

Llame al 664 20 50

Disponible en librerías y quioscos y en
librería de *Le Monde Diplomatique*
San Antonio 434, local 14 (entre Merced y Monjitas)
Teléfono: 664 20 50 - Fax: 638 17 23
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl
www.lemondediplomatique.cl

Chile



Escudo chileno aparecido en el Atlas de la Historia Física y Política de Chile de Claudio Gay. Editado en París en 1854

★ fértil provincia ★

“La estrecha y prolongada faja que forma el territorio chileno, con sus dos cordilleras bañadas por el mar, da la idea de un gran malecón continental dibujado por la naturaleza. El mar es la dilatación de su territorio y esta circunstancia tiende a difundir el genio nacional en los espacios marítimos, obedeciendo al instinto y a la necesidad. Desde el desierto de Atacama hasta el Estrecho de Magallanes, su litoral acantilado y sinuoso es una serie ininterrumpida de caletas, golfos, ensenadas y radas de fácil acceso. Como el país no tiene navegación interior, y algunas de sus zonas están obstruidas por obstáculos naturales, el mar es el camino usual de sus habitantes para comunicarse entre sí”.

Bartolomé Mitre, 1905

“Me alejo con pena de Chile, la nación hermana que más quiero. De Chile que, parodiando ciertas propagandas comerciales, es una nación de cuatro en una. En efecto: en el Norte, árido y yermo, está la desolación desértica de Marruecos. En el Centro, esmaltado de verde, caudaloso de perfumes y pámpanos, la belleza pródiga de Portugal. Al Sur, entre la seda de los lagos araucanos, la nieve de los volcanes y el encanto de sus aldeas, la maravilla de Suiza. Y en el remoto confín, donde los Andes ceden al Pacífico, entre nieblas y celajes, las rocas que charlan en los archipiélagos y las rocas que abrazan a los fiordos, la gracia velada de Noruega”.

Juan Filloy, 1942

“La larga espada de tierra, que se extiende desde Arica hasta el Cabo de Hornos, entre el Pacífico y los Andes, es un territorio cubierto en gran parte de valles y alturas de orografía variada; contiene desde el desierto hasta la tierra feraz. Se basa en una copiosa entraña minera. En la parte central triunfa la agricultura y en el Norte posee los tesoros, únicos en el mundo, del salitre y los de su subsuelo. La fauna y la flora han sido objeto, con sobrada razón, de los estudios de esclarecidos naturalistas del país y del extranjero. Sus termas son célebres y numerosas; y todo coincide para hacer de ese país un excelente campo para el trabajo, la industria y la vida comercial”.

Rubén Darío, 1911



pro|CHILE

ProChile lanza licitación pública para el diseño de imagen país

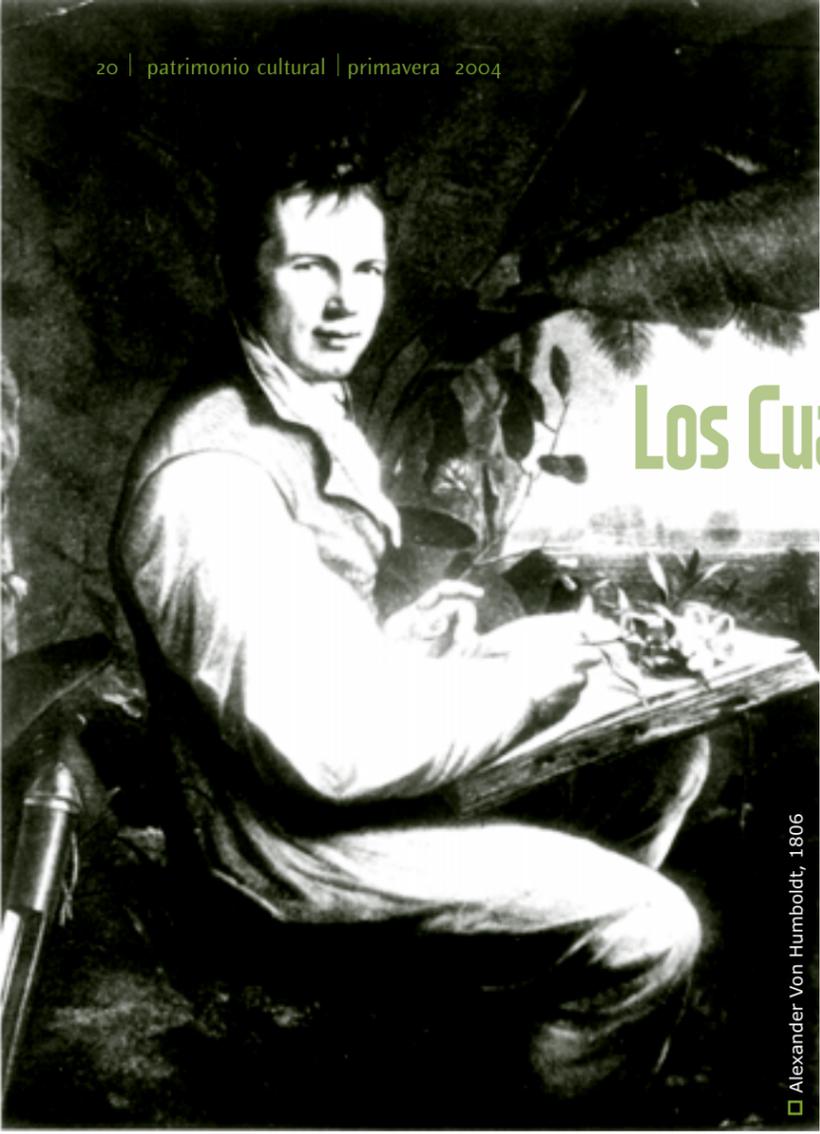
Objetivo General de la Propuesta
 Diseñar una estrategia de imagen país, consistente y coherente con los esfuerzos comunicacionales emprendidos por las diversas campañas sectoriales que se están llevando a cabo en el exterior.

Convocatoria
 ProChile convoca a todas las empresas que posean una fuerte inclinación estratégica, en el área de la investigación y construcción de marca y experiencia nacional e internacional acreditable en el desarrollo de imagen país, a postular a este importante proyecto país.

A inicios de 2004, ProChile convocó a representantes de los sectores público y privado con la finalidad de analizar y discutir sobre las diferentes iniciativas que influyen en nuestra imagen país. Como consecuencia de lo anterior, su director conformó un comité con los representantes de las principales entidades vinculadas a la promoción internacional.

Las empresas interesadas en participar en esta licitación deben estar previamente inscritas en ChileCompra





Alexander Von Humboldt, 1806

Los Cuadros de la Naturaleza: ciencia y estética en la obra de Humboldt

■ por Miguel Ángel Puig-Samper

Rastrear los orígenes de una obra tan querida por Alejandro de Humboldt como los *Cuadros de la Naturaleza* no es una tarea fácil, aunque sí hay algunos elementos que demuestran cómo había aspectos en su ideología científica desde muchos años atrás, que ya apuntaban hacia este ensayo que intentaba la combinación de ciencia y estética en la comprensión del mundo natural.

Quizá sea en el prefacio o prólogo de la primera edición de los *Cuadros de la Naturaleza*, donde mejor pueda comprenderse la idea con la que Alejandro de Humboldt elaboró esta obra que ambicionaba compatibilizar el arte y la ciencia en una síntesis nueva:

“Ofrezco con temor al público una serie de trabajos cuyo pensamiento nació en mi espíritu ante las grandes escenas de la naturaleza, en el océano, en medio de los bosques del Orinoco y de los llanos de Venezuela, en las montañas desiertas de Perú y de México. Algunos fragmentos fueron escritos en los mismos lugares; de manera que después no he tenido más que reunirlos. Contemplar el conjunto de la naturaleza, maravillarse con la acción común de todas las fuerzas que la animan, revivir el goce que la vista de las regiones tropicales hace experimentar al hombre sensible, tal es el fin al que yo aspiro. Cada uno de estos cuadros debería por sí solo componer un conjunto, y en todos debería sentirse una única tendencia. Esta aplicación de la estética a los objetos de historia natural ofrece, a pesar de la poderosa energía y la flexibilidad de la lengua alemana, grandes dificultades de composición. La riqueza de la naturaleza invita a acumular imágenes, y esta acumulación perturba la calma y la impresión general del cuadro. El estilo que se utiliza para la expresión del sentimiento y de la fantasía degenera a menudo en declamaciones poéticas. Estas ideas no tienen necesidad de desarrollo; las páginas que siguen suministran bastantes ejemplos de estos desvaríos y debilidades.

Pueden, a pesar de estas imperfecciones, mis Cuadros de la naturaleza, lo que me es más fácil, yo lo confieso, criticar que corregir, proporcionar a los que los lean una parte de los goces que causa a toda alma sensible la contemplación inmediata de las grandes escenas que allí se representan.

En todas partes me dejé llevar por la influencia eterna que la naturaleza física ejerce sobre las disposiciones morales y sobre el destino de la humanidad. Estas páginas están destinadas sobre todo a las almas melancólicas. El que quiera huir de las adversidades de la vida me seguirá de buena gana a las profundidades de los bosques, a través de la inmensidad de las estepas y a las altas cumbres de la Cordillera de los

Andes; es a él al que se dirigen estos versos que parecen contener la sentencia del mundo:

“En la montaña está la libertad. Las emanaciones de las tumbas no se elevan a las regiones de aire puro. El mundo está bien en todas partes en las que el hombre no vaya a perturbarlo con sus miserias”.

"Auf den Bergen ist Freiheit! Der Hauch der Gräfte
Steigt nicht hinauf in die reinen Lüfte.
Die Welt ist vollkommen überall,
Wo der Mensch nicht hinkommt mit seiner Qual".⁽¹⁾

En opinión de Alberto Castrillón, el concepto de *cuadro* define en Humboldt la relación entre naturaleza física y naturaleza humana y la presentación primera de un paisaje. El cuadro transmite la síntesis que contiene la unidad bajo la diversidad de la naturaleza y es su expresión material. La ponderación de un referente fisonómico en un territorio dado sirve, en Humboldt, para organizar el espacio según criterios estéticos que incluyen al hombre en la selección y en la disposición de su objeto de estudio, modificando sus criterios de percepción y ampliando su escala de observación.

La importancia de los sentidos ante el asombro producido por la Naturaleza también se encuentra en una obra de Bernardin de Saint-Pierre, *Études de la Nature*, quien influyó mucho en Humboldt, incluso en la idea de la geografía de las plantas. La influencia de Saint-Pierre en la idea de los *cuadros* parece evidente, ya que el propio Humboldt reconoce su continua lectura de *Paul et Virginie* durante el viaje americano. Además del modelo literario de Saint-Pierre, la apariencia

(1) Humboldt, Alexandre de, *Tableaux de la Nature*, Paris, ed. Par L. Guérin, 1866. La presente es una traducción nuestra del "Préface de Humboldt pour la première édition", con revisión de Sandra Rebok de la edición alemana.

de la primera edición fue voluntariamente semejante a *Hermann und Dorotea* de Goethe y la inspiración para el título era obviamente *Ansichten vom Niederrhein* de su amigo G. Forster. La idea de *cuadros* estaba sin duda en el ambiente científico y literario del cambio de siglo, ya que incluso en una carta de Mariano Luis de Urquijo al barón de Humboldt, fechada en San Ildefonso el 2 de agosto de 1800, comenta que había leído con el más vivo interés todo lo que le había descrito en torno a sus observaciones astronómicas y de historia natural. Urquijo destacaba el “admirable laboratorio que la Naturaleza guarda en su seno” y las descripciones del sabio prusiano, quien era capaz de “describir con dulzura y una delicada sensibilidad todos los cuadros (*tableaux*) que ella [la Naturaleza] le presenta y las modificaciones que él percibe”.

Humboldt comenta en el *Cosmos* que “...el intento de elaborar un cuadro general de la naturaleza es tan difícil que en lugar de limitarnos a describir en detalle las riquezas de sus formas tan variadas, nos proponemos pintar los grandes conjuntos...” (*Cosmos*, t. 1, p. 79). Como se puede ver en el modelo de corte geográfico del Chimborazo, la geografía de las plantas y la clasificación influyen definitivamente en el estudio del paisaje. Asimismo, la impresión total del *cuadro* está muy determinada por lo que Humboldt llama el ornamento vegetal.

La posición geográfica no determina la forma de las plantas de una zona en particular, pero la semejanza entre especies indica semejanzas en las condiciones en que se desarrollan. En el corte del Chimborazo se quiere representar un determinado modelo en el que se expresa cómo a cada nivel de altitud y de línea isoterma le corresponden un tipo particular de plantas, que variarán en las diferentes regiones del globo, que a su vez determinarán la distribución de los animales. También quiere Humboldt tener en cuenta la intervención humana, ya que ésta influirá decisivamente en la distribución vegetal. La fisionomía de las plantas, una idea ya desarrollada en la conferencia dada en 1806 en la Academia berlinesa “*Ideen zu einer Physiognomik der Gewächse*”, va acompañada de las condiciones físico-químicas, su distribución geográfica en ocasiones, sus asociaciones, etc., e incluso de consideraciones estéticas, en los cuadros de la naturaleza que elabora Humboldt.

Para comprender un poco más la mirada de Humboldt en sus *Cuadros de la Naturaleza* podríamos establecer una comparación entre los *cuadros* humboldtianos y los planos cinematográficos. La mirada del primer plano en el que podemos reconocer al individuo

aislado con todos sus detalles sería equivalente al estudio de la planta aislada con todos sus elementos anatómicos al modo más estrictamente linneano, tal como lo representaban artísticamente los pintores de las expediciones científicas españolas del siglo XVIII. En un plano medio podríamos reconocer las asociaciones vegetales, la vida animal asociada, las modificaciones introducidas por el hombre, la situación geográfica, la altitud, etc..., en un *cuadro* preciso que sin duda podría

Los Cuadros de la Naturaleza están escritos en una lengua elegante y concisa, en la que, en ningún momento, el rigor científico altera la emoción estética y la sensibilidad romántica de un sabio maravillado por la belleza y la grandeza de la Naturaleza.

explicar la zona descrita con bastante exactitud. En el plano distante, que podríamos llamar *cuadro-paisaje* los elementos precisos del cuadro anterior se difuminan, aunque seríamos capaces de distinguir si se trata de un desierto, una estepa o una selva, por los caracteres fisionómicos generales e incluso por el sentimiento estético que provoca.

El *cuadro* humboldtiano suma los tres elementos descritos en los tres planos, aunque quizá de más importancia al último por considerarlo más elevado desde el punto de vista filosófico, ya que reúne arte, ciencia y sentimiento estético.

Cabría añadir con Charles Minguet que los *Cuadros de la Naturaleza* están escritos en una lengua elegante y concisa, en la que, en ningún momento, el rigor científico altera la emoción estética y la sensibilidad romántica de un sabio maravillado por la belleza y la grandeza de la Naturaleza. **P**



□ Humboldt y A. Bonpland en la Cordillera de los Andes. Sala Medina



La invención del territorio

■ por Andrés Núñez

La estrecha relación entre el rol de los viajeros naturalistas y científicos y el panorama cultural de su época está asociado a una revalorización del hombre como ser racional, como ser capaz de "valerse por sí mismo" y que pasa, por tanto, a ser dueño de su destino. Naturaleza, razón y progreso se tornan entonces, pilares esenciales de aquel nuevo devenir. Desde esta perspectiva, el siglo XVIII puede entenderse como un siglo en que "toda la riqueza metafísica había quedado ya reducida a entes especulativos y a objetos celestiales, mientras que las cosas terrenales comenzaban a absorber y concentrar todo interés" (1). En el mismo sentido, según la clásica tesis de Adorno y Horkheimer, el período centraba toda su atención en "liberar al mundo de la magia y, mediante la ciencia, disolver los mitos y confutar la imaginación".

Sin duda, aquella mirada racional de la vida que, por cierto, aún perdura en muchos ámbitos, influyó en la nueva disposición que respecto de la naturaleza se fue formando. Muchos asuntos "terrenales" se transformaron en objeto de observación y estudio. Aquella posición respecto de la naturaleza implicó, en cierto modo, junto con la actitud contemplativa, enfatizada por el romanticismo que se forjó a lo largo del siglo XIX, un dominio sobre ella misma y, en esa medida, la relación del hombre con ella fue también de poder. La lógica del dominio de la naturaleza supuso, por tanto, también un control sobre el territorio. Este control no sólo tuvo que ver con la formación de las naciones, durante los siglos XVIII y XIX sino, a la larga, y especialmente hacia el final de dicho periodo, con el espacio mismo y la forma de "ordenarlo". Así, por ejemplo, ya en 1739 en España, en el marco de la creación y difusión de instituciones ilustradas de investigación, se incluía entre las obligaciones la de estudiar,

(1) Marx, Carlos. Citado en "El Cosmos: entre la crisis de la ilustración y el romanticismo alemán", por M.A. Miranda. En Geocrítica, Nº 11. 1977. Universidad de Barcelona.

(2) Capel, Horacio. "Ingenieros y arquitectos de la ilustración en España y América". En Suplementos, Nº 43. 1994. Barcelona.

(3) Ibid

entre otras materias, "el arte de mover, levantar, conducir y repartir el agua, hacer los ríos navegables, adaptar los puertos de mar remediando con el arte los defectos de la naturaleza" (2). Esta "aspiración de *remediar con el arte los defectos de la naturaleza* constituye, sin duda, la más impresionante declaración que puede encontrarse en el siglo XVIII sobre las posibilidades de la acción humana en la superficie terrestre" (3).

En el fondo, la *naturaleza* -fin de la búsqueda- queda a disposición del hombre con el objetivo inconsciente de lograr su domesticación global. Desde esta perspectiva, el dominio de la naturaleza no sólo se vio reflejado en la exploración y la investigación con propósitos políticos y/o económicos, sino también, en aspectos que tienen que ver directamente con el territorio en su conjunto y, a partir de aquello, de esta nueva disposición para enfrentarlo y, desde ese punto de vista, de "comprenderlo".

La acción de este vasto programa -el ilustrado- influyó directamente en el ambiente cultural chileno. En este contexto, bajo el prisma de aquella cultura importada de Europa, el poder local chileno impulsó una serie de acciones sobre el territorio nacional que finalmente terminaron por transformar la imagen que tradicionalmente, hasta 1850 aproximadamente, se tenía de él. De esta suerte se generó un modelo de "ordenamiento del territorio", que de un modo más bien inconsciente, derivó en la representación que en la actualidad tenemos de nuestro país.

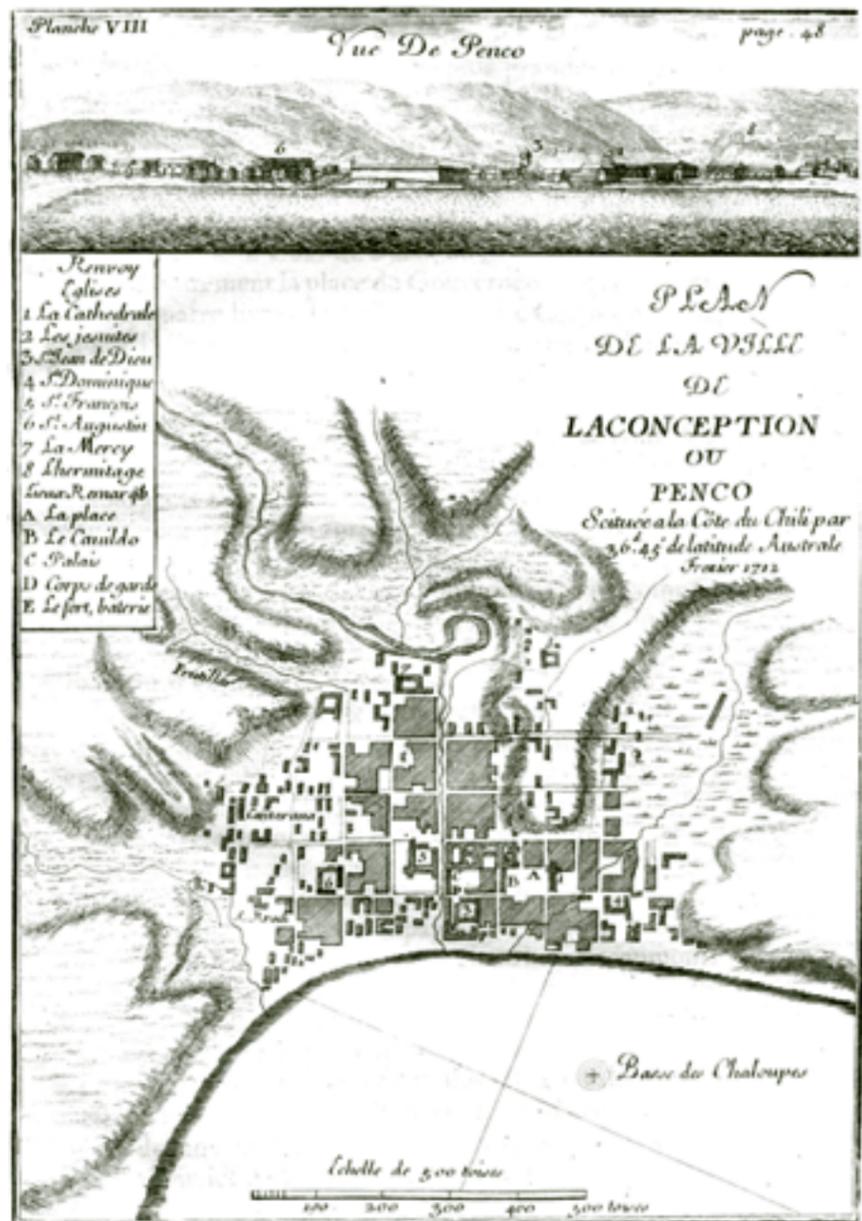
En el Chile del siglo XIX, y desde una perspectiva amplia, una de las expresiones o manifestaciones concretas de lo que se ha llamado "el proyecto oligárquico", tuvo que ver precisamente con el territorio, particularmente con la "disposición a su articulación y la intervención espacial a través de la planificación y dirección de obras públicas". Es posible establecer que dicho proyecto llevó a estructurar una mirada del espacio diferente a la que en muchos ámbitos fue práctica y reflejo de una "realidad" distinta.

Puntualmente, observamos que con la instalación del ferrocarril culmina un proceso cuya nueva fase terminó por afianzar la percepción del espacio que hemos heredado. Nos referimos a una *percepción vertical* del territorio, con un fuerte sentido de orientación “norte-sur”, mirada que, en nuestra opinión, repercutió directamente y colaboró en la consolidación de un país centralizado. Así, el ferrocarril puede comprenderse como un símbolo a partir del cual el Estado nacional tomó el control definitivo del territorio, entre otras cosas, ampliando las fronteras productivas. Al respecto, el ferrocarril debe ser también comprendido como un claro indicio de una política definida, como una expresión de una *visión de mundo* hacia el territorio que surge desde Santiago y que, en este marco, puede llegar a ser el reflejo de lo que inicialmente se podría llamar una “cultura territorial determinada”.

Previo a la empresa del ferrocarril, y a pesar de una política centralista iniciada por la dinastía de los Borbones, el espacio de lo que se identificaba como Chile era representado de una forma distinta. Existían, por así decirlo, *visiones horizontales* del territorio, más bien con sentido “este-oeste”, donde la Cordillera de los Andes, por ejemplo, y, con mayor fuerza los ríos y sus desembocaduras jugaban un rol decisivo que, desde nuestra perspectiva, incidían en la imagen que del espacio se tenía. Creemos que dicha percepción, por la misma conformación del espacio, se dio de un modo más local, por lo tanto, con un carácter menos “nacional”, en la medida que los “límites” de cada *visión horizontal*, como la hemos llamado, tuvieron que ver con hitos geográficos puntuales y reconocibles: montañas, volcanes, ríos, puertos, valles e *islas*, entre otros. Planteado así, esta imagen espacial se contrapone con una mirada territorial que se va desarrollando a lo largo del siglo XIX, cuyos ejes estarán fuertemente dominados por aspectos que se vinculan a la consolidación de la idea de nación, de soberanía, y en esa medida, al desarrollo del ferrocarril y la ampliación, como se dijo, de las fronteras productivas.

Desde este punto de vista, al menos hasta 1850, el país llamado Chile en la práctica era más bien “varios Chile”; era, como ha sido expresado, “un intento de nación” (4). Aquella multiplicidad, pensamos, fue dada también por la dimensión plural de su territorio. Un dato muy ilustrativo es otorgado por viajeros hacia fines de la década de 1810 al identificar el vocablo “Chile” con Santiago. Por su parte, Barros Arana al ilustrar el panorama de fines del siglo XVIII indica que “aquellos viajes eran en esa época tan largos y penosos que nadie se resolvía a emprender uno sino movido por una necesidad ineludible. Los viajeros acostumbraban caminar con cierta calma para no fatigar demasiado sus caballerías, de tal manera que era corriente emplear a lo menos ocho días en llegar de Santiago a Talca, y otros ocho de allí a Concepción, teniendo que vencer distancias que sin dificultad habrán podido recorrerse en otras condiciones en menos de la mitad del tiempo. Ni en las ciudades ni en los campos había otras posadas que los miserables albergues en que se hospedaban los arrieros cuando se detenían a pasar la noche... Los viajeros dormían allí tirados sobre los pellones de sus monturas... Todas estas circunstancias contribuían a mantener el aislamiento y la comunicación de los pueblos... Eran pocas las personas de Santiago que hubiesen ido alguna vez a Concepción o La Serena, y menos aún los habitantes de los pueblos de provincia que hubiesen visitado la capital”.

Visto así, la percepción sobre el territorio en Chile, es posible dividirla en dos grandes momentos. Uno que se inicia en la Colonia y que tiene su “límite” hacia 1850, momento en que el proyecto oligárquico comienza a “madurar” y a “tomar forma”. Hacia 1850, proyectos como el ferrocarril, los caminos, correos, telégrafos, el reconocimiento de nuevos territorios y la ampliación de las fronteras productivas comienzan a desarrollarse, consolidando un dominio y sentido del espacio por parte del Estado. En forma paralela se fue estructurando hacia 1850 una “idea” de nación bien delineada, un sentido de país, cuyo marco estuvo dado, junto a la influencia de una filosofía ilustrada vinculada fuertemente a conceptos como “libertad”, “optimismo”, “historia”, entre otros; al progreso material en obras portuarias, caminos e infraestructura en general, lo que sumado a la incorporación de una serie de riquezas naturales al comercio nacional, aportó sustancialmente a la certeza de una sociedad que marchaba rápidamente rumbo a la felicidad de los individuos y del país del cual se era parte.



Previo a la empresa del ferrocarril, y a pesar de una política centralista iniciada por la dinastía de los Borbones, el espacio de lo que se identificaba como Chile era representado de una forma distinta. Existían, por así decirlo, *visiones horizontales* del territorio.

Aquel segundo período a que hacemos referencia tiene su límite temporal hacia 1900, momento en el cual todos los fenómenos antes mencionados, tanto en lo material como en lo filosófico, ya se han consolidado y le han otorgado, por tanto, una nueva fisonomía y un renovado sentido territorial al país. Hacia 1890, en definitiva, Chile maduraba en su “nueva realidad”. Se trataba de “una nación que por efectos de las transformaciones ocurridas, (...) había sido capaz de generar una noción, una idea sobre sí misma...” (5)

En este ámbito, la invención del territorio del siglo XIX en Chile, implica en cierto modo, la “domesticación de una práctica”, en la medida que, por ejemplo, “lo fluvial”, en tanto tradición local, vive un proceso de cambio hacia “lo ferroviario”, forjando una nueva “tradición”. Aquella práctica entra, con el tiempo, en conflicto con ideas que se vinculan con un proyecto más amplio, y que podemos inicialmente asociarlo con el siglo XIX, y es, en cierto modo, el proyecto del progreso y del optimismo. Este proyecto queda, en cierto modo, asentado en Santiago y busca “domesticar la práctica natural local”. Un símbolo llamativo de esta domesticación es, finalmente, el ferrocarril, que no duda en traspasar ríos caudalosos, conquistar nuevas áreas productivas, unificando el territorio y dándole, por tanto, un nuevo imaginario. **P**

(4) Jocelyn-Holt, Alfredo. La Independencia de Chile. Tradición, Modernización y Mito. Ariel. 2001. Pp. 311.

(5) Sagredo Rafael. Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX. Ediciones DIBAM. 2001. Pp 55



Los habitantes del extremo sur y las expediciones del siglo XIX

Desde el año 1983 han ido surgiendo pruebas arqueológicas concretas de la participación de aborígenes del extremo sur de América en las campañas de cacería de lobos finos y focas, en las islas Shetland del Sur, las que fueron dirigidas por empresarios anglosajones, a partir del verano de 1819-20.

■ por Rubén Stehberg

La relación que entablaron los indígenas de vida canoera de los canales fuego-patagónicos con marinos europeos y norteamericanos fue de larga data. Existe información que desde el siglo XVII, navegantes españoles intercambiaban pieles de nutria con los aborígenes. Posteriormente, vinieron cazadores anglosajones en busca de la codiciada piel de lobo fino. En su actividad fueron tomando contacto cada vez más estrecho con las poblaciones nativas que ocupaban el área: kaweskar, yaganes, aush y, posiblemente, otros grupos como chilotes y mapuches costeros que se desplazaban temporalmente hacia el sur.

Los nativos locales estaban adaptados a las duras condiciones

Es curioso que en ninguna bitácora de viaje ni en las numerosas publicaciones que se generaron producto de estas exploraciones a las tierras australes incógnitas se mencione directamente la participación de estos aborígenes.

Si no fuera por las evidencias bio-antropológicas y arqueológicas que han ido apareciendo, la participación de estos nativos sudamericanos se habría olvidado para siempre.

climáticas del área y eran expertos conocedores de la etología de los lobos marinos, puesto que gran parte de su subsistencia dependía de este animal. Su piel les servía para construir sus toldos y para elaborar su vestimenta. Asimismo, utilizaban su carne, su grasa y sus huesos. Existe bastante información de que nativos y cazadores foráneos comenzaron a cazar juntos y cada uno utilizó las habilidades del otro. Hay referencias escritas de un marinero norteamericano que tuvo pareja nativa, aprendió su lengua y tuvieron hijos.

Cuando la población de mamíferos marinos disminuyó a niveles que hicieron poco rentable el negocio, los cazadores anglosajones se vieron obligados a salir en busca de nuevos cotos de caza, para lo cual debieron adentrarse en aguas desconocidas de los mares del sur. Así es como en 1819 se descubrieron las islas Shetland del Sur y, en los años siguientes,

el continente antártico y muchas otras islas, como las Sandwich y las Elefantes. Y aquí viene la parte más novedosa de esta historia. Nativos sudamericanos se embarcaron como “gente de mar”, acompañando a las tripulaciones norteamericanas e inglesas en estas exploraciones. El agotamiento del recurso animal afectó, asimismo, la economía de los nativos y los obligó a buscar pieles en otros ámbitos, para lo cual les fue funcional asociarse a los anglosajones que disponían de las embarcaciones adecuadas para navegar en alta mar. También se ha mencionado en la literatura que los nativos habían adquirido una dependencia al alcohol y al tabaco que los impulsó a continuar juntos a los anglosajones.

Es curioso que en ninguna bitácora de viaje ni en las numerosas publicaciones que se generaron producto de estas exploraciones a las tierras australes incógnitas se mencione directamente la participación de estos aborígenes. La presencia de gente de mar subiéndose en un puerto y bajándose en otro, con el fin de prestar servicios degradantes a un bajo costo, ha sido una práctica náutica habitual en todos los tiempos y, quizás, esta fue la principal razón por la que no fueron incluidos en los registros escritos de la época.

Si no fuera por las evidencias bio-antropológicas y arqueológicas que han ido apareciendo, la participación de estos nativos sudamericanos se habría olvidado para siempre. En enero de 1985, el biólogo chileno Daniel Torres descubrió semienterrado en el hielo de playa Yámana, en cabo Shirreff de la isla Livingston, el cráneo de una joven de 21 años, mestiza, con características físicas mongoloides (América), compatibles con la de algunos pueblos indígenas del extremo austral de Chile, de comienzos del siglo XIX, y caucasoides (Europa) producto de su mestizaje con los navegantes extranjeros. Excavaciones arqueológicas practicadas en el lugar no permitieron la identificación de su sepultura, si es que la hubo, pero sí de varios aleros rocosos aledaños con presencia de restos de huesos de lobos finos, vidrios antiguos de botellas de ron y fragmentos



de canecos de arcilla para contener gin, todos del siglo XIX, lo cual asignó el contexto histórico dentro del cual se desarrolló esta mujer. Aunque lo más probable es que este individuo formó parte de una cuadrilla de cazadores, no ha sido probado. Sin embargo, de lo que no queda ninguna duda es que se trató del hallazgo de una nativa sudamericana en aquellas latitudes.

Nuevos estudios arqueológicos, esta vez realizados en campamentos loberos emplazados en la playa Cora de la isla Desolación, no muy lejos de cabo Shirreff, permitieron el hallazgo de un gran fogón lleno de desperdicios, entre los cuales se contaban vidrios de botellas y fragmentos de vasijas de arcilla, idénticos a los encontrados en playa Yámana, restos de clavos, pipas de arcilla, restos de pieles de lobo fino e instrumental lítico de origen indígena. Entre estos últimos destacaron dos raspadores y un buril. A unos 150 m de distancia, en la superficie, apareció un núcleo lítico completo, con evidencia de haber sido reutilizado como machacador. La presencia de algunos aborígenes en el campamento era incuestionable. Existe una información documental de la época que se refiere a un acontecimiento ocurrido en este lugar y que alude a la presencia de personas de categoría inferior. En el verano de 1820, el navío inglés Cora, a cargo del capitán Fildes, naufragó en esta bahía, sin desgracias personales. Logró regresar con su tripulación a su país de origen a bordo de otra nave lobera inglesa, no sin antes obligar a algunos marinos a quedarse en tierra: ¿Serían estos los nativos cuyos restos encontramos dentro del fogón?



Otra evidencia material importante provino de las excavaciones realizadas por los arqueólogos argentinos Ximena Senatore y Andrés Zaranquín en sitios históricos de Península Byers, de la isla Livingston. Allí, entre restos dejados por los loberos encontraron un trozo de vidrio tallado, a la usanza de los indios fueguinos del siglo XIX, en tierras magallánicas.

Una segunda lectura de las bitácoras de los barcos mostró que usualmente una de las naves que componía la flotilla que iba rumbo a las islas Shetland se separaba del resto durante el viaje de ida y de regreso, para dirigirse a la isla de los Estados o a lo que se llamaba Cabo de Hornos: ¿Para qué se habría hecho esto? Suponemos para ir a buscar y luego regresar a los nativos que acompañarían la expedición. En otra ocasión, un diario de viaje mencionó la existencia de un paso muy peligroso en isla Rugged, donde muchos "botes y vidas se habían perdido". Llamó la atención que si hubieran sido británicos los habría mencionado por sus nombres y en ningún caso los hubiera enumerado después de los botes.

Nativos sudamericanos estuvieron desde los mismos inicios en gran parte de los descubrimientos antárticos, situación que hasta ahora había sido mérito casi exclusivo de los marinos anglosajones.

Lentamente estos desconocidos exploradores aborígenes australes están saliendo de su anonimato. No cabe duda de que recorrieron, exploraron y explotaron, junto a sus patrones anglosajones, las playas y roqueríos de todas las islas Shetland del Sur. Pero eso no es todo. Es altamente probable que hayan continuado sus exploraciones por todas las islas e islotes que existen en los mares del sur y que en el futuro, cuando se inicie la arqueología de esas desoladas tierras, se encuentren evidencias de su presencia. De esta manera, estos nativos sudamericanos estuvieron desde los mismos inicios en gran parte de los descubrimientos antárticos, situación que hasta ahora había sido mérito casi exclusivo de los marinos anglosajones.

Estas investigaciones se están desarrollando en el marco de un convenio de cooperación entre el Museo Nacional de Historia Natural y el Instituto Antártico Chileno. **P**

Editorial "Aún creemos en los sueños" y
Le Monde Diplomatique

Presentan su último libro

Luis Sepúlveda recuerda, con emoción, sus años de estudiante secundario, cuando soñaba con quedarse escondido todo un fin de semana en una biblioteca.

También se refiere a sus otros sueños, los de un mundo solidario y fraterno.

Con su particular y entretenido estilo, el autor de "Un Viejo que leía novelas de Amor" cuenta diversas anécdotas y habla de su relación con los libros y los autores que lo marcaron.

El libro comienza con su intervención en el lanzamiento de nuestra editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS y continúa con "El memorial de los años felices" y otras crónicas de Luis Sepúlveda.

la editorial de
MONDE
diplomatique

**El Poder
de los Sueños**
Luis Sepúlveda



EDITORIAL AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

Suscríbese a
Le Monde Diplomatique

*Ofertas especiales para bibliotecas
en suscripciones y colecciones de libros*

Llame al 664 20 50

Disponible en librerías y quioscos y en
librería de **Le Monde Diplomatique**
San Antonio 434, local 14 (entre Merced y Monjitas)
Teléfono: 664 20 50 - Fax: 638 17 23
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl
www.lemondediplomatique.cl

Claudio Gay

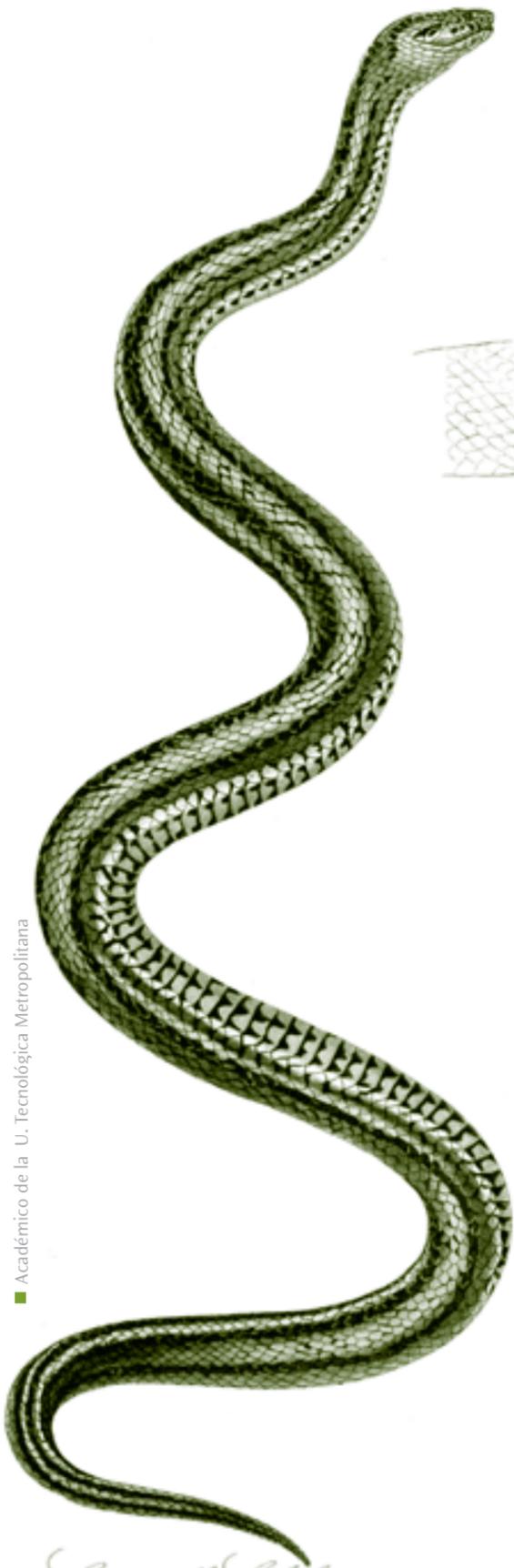
De la ordenación de la naturaleza a la construcción de la república



■ por Zenobio Saldivia M.

HISTORIA DE CHILE.

Erpotheria N° 4.



Coronella Chilensis. Schlegel

Dep. de Zoología

Luego de la independencia nacional, muchos científicos europeos deciden venir al país; algunos lo hacen motivados por mera curiosidad, otros, porque desean vivir grandes aventuras, como aquellas que había relatado con antelación Humboldt, en obras tales como: *Cuadros de la Naturaleza* (1808) o *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Mundo* (1811-1836), por ejemplo, o en otros ensayos que ven la luz luego de su viaje por América que se extiende desde 1799 a 1804. Y otros sabios vienen a Chile porque han sido contratados por las autoridades políticas de la época o por algunos personeros vinculados a la educación. Claudio Gay es uno de ellos. En efecto, este botánico y naturalista francés nacido en Draguignan en 1800, llega a Chile a fines de 1828, para dictar clases de Física y de Historia Natural, en el Colegio de Santiago, en la capital. Más tarde, luego de unos avatares poco felices con las autoridades del colegio mencionado y el destino del mismo, decide ofrecer sus servicios al Gobierno de Chile. Así, en septiembre de 1830, firma un contrato con el ministro del Interior y de Guerra, don Diego Portales. El compromiso incluía, entre otras cosas, fundar un Gabinete de Historia Natural, realizar una exploración por todo el territorio de la república y dar cuenta de la existencia y características de los especímenes de la flora y fauna nacionales. Además, debía confeccionar algunos planos cartográficos y realizar un acopio estadístico sobre tópicos relativos a la economía nacional; en suma, esta última tarea perseguía recabar todos los antecedentes sobre el estado de la producción nacional. Es una magna tarea que principia a dar frutos con la publicación de los distintos tomos de su *Historia Física y Política de Chile* (1844-1871) y con su *Atlas de Chile*, y que hoy ha sido reeditado bajo el cuidado y el análisis oportuno de Rafael Sagredo.

Empero, la labor se dilata más de lo imaginado en aras del rigor metodológico y de las exigencias de la parsimonia científica, de modo que los chilenos ven a Gay recorriendo el país, durante doce años. Así, el sabio gallo desde 1830 a 1842, sistemáticamente va recopilando la información sobre lo viviente en el país, buscando in situ los observables taxonómicos y describiéndolos luego en la soledad de su escritorio, con ayuda de la bibliografía especializada. Su prosa científica -desde la perspectiva metodológica y epistémica- parte definiendo adecuadamente las categorías más generales en las cuales quedan insertos los distintos universos más reducidos de individuos, que a continuación va a presentar y a describir. Así por ejemplo, en el volumen N° de la Sección de Zoología de su *Historia Física y Política de Chile*, parte definiendo la clase mamíferos, luego los distintos órdenes que la componen, y a su vez, los subórdenes respectivos. Y a continuación, introduce las especies autóctonas, dentro de cada universo en cuestión. Gay parte con esta definición de mamíferos: "Animales vertebrados, vivíparos, con sangre caliente, dos tetas, un corazón doble, dos pulmones, separados de la cavidad abdominal por un diafragma muscular, un cerebro voluminoso, y provistos casi siempre de siete vértebras cervicales y de pelos y de cuatro pies" (París, 1847). Similar metodología expositiva emplea para los volúmenes dedicados a la botánica.

Ahora, si uno estudia detenidamente la prosa taxonómica de este científico, por ejemplo, en los tomos de Botánica o de Zoología de su *Historia Física y Política de Chile*, se observa una riqueza de componentes estructurales que aluden ora al método, como hemos señalado, ora a su visión de la naturaleza chilena en su conjunto, a su particular idea de ciencia, e incluso es posible observar la preocupación de este autor por rescatar la propia mirada que tenían los nativos y lugareños sobre los distintos observables taxonómicos, dentro de lo que permite la parsimonia de la diagnosis de la época. En este proceso se fusiona el "yo-científico" y el "yo-sujeto", mezclándose el goce estético del naturalista ante las diversas expresiones y formas de la biodiversidad, ante la policromía y la fuerza vital de los referentes endémicos, con las necesidades pragmáticas del

E. Rorippa ovalis?

Chile del período, con la búsqueda del utilitarismo. Es un eje bipolar que atraviesa tácitamente su prosa. De este modo, Gay va introduciendo a la ciencia universal, por ejemplo a aves tales como el cóndor (*sarcorampus condor*), al tiuque (*caracara montanus*), o al pato de la cordillera (*Raphipterus chilensis*); o a mamíferos tales como el pudú (*cervus pudu*), la nutria (*Lutra felina*) o el lobo de mar (*Otaria porcina*), o a moluscos como el comes (*Pholas chiloensis*), o a zoofitos como la actinia (*Actinia chilensis*); o a las distintas especies de la flora, tales como: la palma chilena (*jubaea spectabilis*), el olivillo (*Kagenekia angustifolia*), la tuna (*Opuntia vulgaris*), o plantas pelófilas como la paja de estera (*Typha angustifolia*), entre tantos y tantos otros. Es un esfuerzo casi epopéyico, pero Gay lo percibe como un privilegio, como una oportunidad única para contribuir a la sistematización del cuerpo físico del país, y como una labor de servicio a la comunidad científica internacional, y en suma, a la humanidad. Lo anterior, es una expresión de su compromiso para ordenar científicamente el universo biótico del Chile decimonónico, en pleno período de institucionalización de la ciencia, y trasunta al mismo tiempo, su voluntad de dejar asentado un paradigma para dar cuenta de los referentes orgánicos; esfuerzo que continuará luego Philippi. En este proceso de institucionalización de la ciencia nacional, Gay aporta además de la aprehensión cognitiva propia de la sistematización y de la consolidación de un paradigma taxonómico en uso, una fase directiva y de consolidación de entidades científicas, al asumir la Dirección del Gabinete de Historia Natural, actual Museo Nacional de Historia Natural.

Dicho trabajo que es prácticamente equivalente a una radiografía minuciosa de clasificación y ordenación del vasto mundo orgánico chileno, que incluye la identificación, la descripción, la ubicación geográfica, el hábitat de los mismos y las relaciones entre los observables, y además, las interacciones de los nativos y campesinos con los exponentes de la naturaleza vernácula, trasciende su propia finalidad y va más allá de lo puramente científico. Esto es, que el paradigma descriptivo, como un todo orgánico, en tanto va identificando los distintos especímenes y en cuanto explicita la ubicación geográfica de los mismos, va registrando también ciertas características de las diferentes zonas geográficas del país. Y en este sentido, la obra de Gay, actúa también como un tesoro informativo sobre las vicisitudes del territorio nacional y sobre la percepción de la naturaleza que tienen los nativos, lugareños, campesinos y chilenos de las distintas regiones. Luego, en la práctica, pasa a ser del mismo modo un acopio informativo que las autoridades tienen muy presente para perfilar las regiones administrativas y para la formación de la propia idea de extensión del territorio nacional. E incluso también, al leer los informes de Gay, sobre la flora y fauna, se puede colegir, a partir de los pasos, sendas y caminos, por los que ha andado el naturalista galo, cuáles rutas serían más cortas y expeditas entre determinados lugares, o cuáles serían más deseables para fortalecer o para vigilar, si se estima conveniente. Es una contribución para la toma de decisiones en esferas administrativas, normativas, o de políticas públicas, que se da por añadidura y que viene de suyo en los informes científicos. Sólo hay que saber leerlos.

La obra de Gay, además, contribuye también a la comprensión de un imaginario colectivo nacional, acerca de cómo es el cuerpo físico de Chile, sobre los referentes orgánicos e inorgánicos propios del país y acerca de la extensión y límites del territorio. Ello coadyuva a dejar implícito una percepción de lo chileno, o de la chilenidad, en la cultura, tal como ya lo ha destacado Mizón (*Claudio Gay y la identidad nacional*).

Por tanto, el esfuerzo de este naturalista galo, que pasó dedicado gran parte de su vida a la sistematización de los observables taxonómicos, existentes en el Chile decimonónico, y luego al cuidado de la publicación de los resultados de dicho trabajo, es equivalente a una magna tarea bifronte: por un lado, cumple el rol de ordenar y sistematizar los especímenes del universo biótico del país, y de darlos a conocer a la ciencia universal. Y por otro, colabora con la construcción de la república en cuanto a las necesidades administrativas, informativas, estadísticas y normativas del país. **P**



Viajes e identidad

La experiencia de la distancia en la construcción de lo propio

Se viaja para descubrir nuevos mundos, pero es precisamente en el contacto con lo que nos parece distante y ajeno donde descubrimos quienes somos

■ por Carlos Sanhueza

El viaje transforma al viajero, modifica sus perspectivas, lo insta a cuestionarse, como también –no pocas veces– refuerza ciertas posiciones extremas, reflota viejos estereotipos, activa ocultos temores. La experiencia de viajes, en tanto instala distancia y desplazamiento, tiene la particularidad de conformarse como vehículo de construcción de lo propio, trazar los límites identitarios, reaccionar ante lo que percibe como ajeno, diferente o extraño. Tal y como lo ha declarado Marjorie Morgan (National Identities and travel in Victorian Britain, Houndmills: PALGRAVE, 2001, pp. 2-3). En este sentido examinar los viajes y sus relatos puede ofrecer una herramienta a los estudios de identidad, en particular al examen de las identidades nacionales.

La representación de la identidad nacional desde el viaje se expresa como un acto eminentemente comparativo. La “otredad” articula un modo de representar las diferencias a partir del cual no sólo se aprehende y ubica lo extraño, sino que además se inscribe la propia identidad en medio de lo ajeno. Ello expresa que, de ningún modo, las identidades nacionales se conforman sólo en relación a sí mismas. Sin el factor alteridad, sin enfrentar las diferencias no hay comunidad imaginada. La nación emerge en el momento en que se define lo

La representación de la identidad nacional desde el viaje se expresa como un acto eminentemente comparativo. La “otredad” articula un modo de representar las diferencias a partir del cual no sólo se aprehende y ubica lo extraño, sino que además se inscribe la propia identidad en medio de lo ajeno.

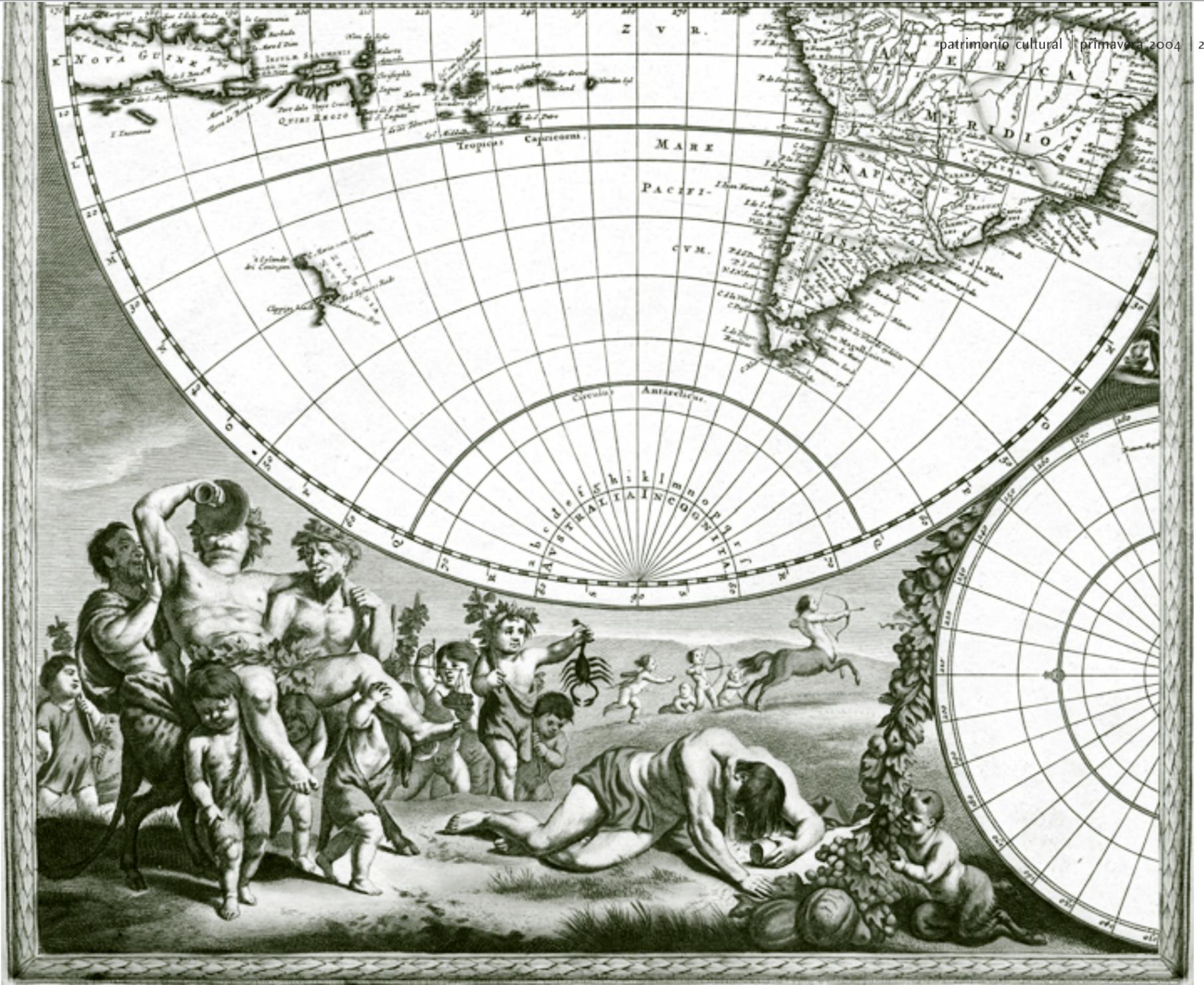
ajeno, en un acto que a la vez que delimita las fronteras, refuerza las peculiaridades que separan lo propio de lo desemejante. Los viajeros comparan sobre la base de la creación de bipolaridades, tales como: norte/sur, climas cálidos/climas fríos/, lenguas latinas/lenguas germanas, cultura romana/cultura sajona, centro/periferia, etc. En esta noción de mundos opuestos la existencia de espacios paralelos es percibida por los viajeros a partir de la ubicación geográfica, la cercanía o lejanía de los trópicos, la intensidad del sol, aspectos que llegan a conformar elementos explicativos de primer orden. Muchos viajeros utilizan tales elementos a fin de explicarse por qué se han desarrollado pueblos y culturas diferentes: una arquitectura geográfico-cultural avala, y demuestra a la vez, el hecho de que las identidades nacionales difieran. De ahí que Benjamín

Vicuña Mackenna en su periplo europeo por mediados del siglo XIX ubicase la dulce lengua de los trópicos del español frente a los chillidos agudos y guturales del idioma alemán, o que el viajero alemán Paul Treutler –casi por la misma época– destacase la vida ordenada, hogareña y limpia de los colonos alemanes del sur de Chile, en relación al desorden y suciedad de los poblados indígenas y habitantes de origen hispano que las circundaban. Aquí no se trata tan sólo de la identificación de unos idiomas o de formas de asentamiento urbano disímiles, sino de unas características propias que se “descubrían” al contacto con pueblos totalmente diferentes.

Ahora bien, dicho “descubrimiento” de ninguna manera se muestra neutral o simplemente descriptivo. Los elementos nacionales que se contraponen a lo observado en otros pueblos se perciben como virtudes intrínsecas de cada país. Lo anterior significa que se destacan precisamente aquellos valores que caracterizan lo propio por sobre lo ajeno: la disciplina germana frente a la indisciplina sudamericana, la calidez y humanidad latina ante la frialdad y el materialismo sajón. Muchas veces lo anterior adquiere connotaciones jerárquicas: así por ejemplo el naturalista alemán Eduard Poeppig en la Sudamérica

decimonónica no sólo nota la particularidad nacional alemana frente a la peruana o chilena, sino que además la considera superior. A partir de allí el naturalista instala todo un determinismo geográfico que a su vez le explica por qué tales

mundos paralelos y opuestos no implicaban necesariamente una equivalencia o igualdad. Para el naturalista germano el sur del mundo se ubicaba abajo del norte y no solamente en un sentido cartográfico, sino que también espiritual y moral. Para éste, la vida alemana desarrollada en un clima frío había diseñado el carácter moral y físico de un pueblo que, gracias a su esfuerzo y trabajo, había logrado doblarle la mano a las fuerzas de la naturaleza. Dichas características geográficas explicaban, además, por qué los germanos se orientaban al pensamiento reflexivo, al amparo de una vida bajo techo, en eternos días de invierno. Ello contrastaba con la América del Sur, aquel lugar del otro lado del mundo, donde más bien la pereza, la letargia, la superficialidad y la inactividad habían sido la respuesta ante una existencia transcurrida en medio de un paraíso terrenal y un cielo siempre azul.



El viaje a tierras lejanas y extrañas pone a prueba ciertos conceptos, ideas y nociones que sobre otros lugares se sustenta: las identidades nacionales no sólo se refuerzan desde la distancia, sino que también se reevalúan a partir de las nuevas condiciones y perspectivas que otorga el desplazamiento. Dicha reevaluación no pocas veces pone al descubierto el fuerte contraste existente entre lo que sobre el país se sostiene dentro de las fronteras con lo percibido en el extranjero. Si tomamos la experiencia de los hispanoamericanos en la Europa del siglo XIX claramente se observa cómo sus motivos y expectativas, deseos y sueños respecto de Europa se ven sobrepasados por la experiencia misma de recorrer el continente. Éstos explicitan su decepción, su malestar, por una cultura que no reconoce sus identidades como parte integrante del mundo occidental, civilizado, europeo. Aquella vinculación “natural” que sentían los viajeros antes de conocer el Viejo Continente es deshecha. A partir de un sentimiento de exclusión, los viajeros hispanoamericanos se acercan y se alejan al mismo tiempo del Viejo Mundo: reconociendo la herencia europea, tomando a la vez distancias.

Finalmente, es preciso destacar que la conformación de la identidad nacional desde la distancia, a través y por el viaje, pone en evidencia en qué medida aquellos elementos utilizados para representarla van más allá de ámbitos institucionales o meramente políticos. En un sentido, el rol del Estado en tanto articulador o eje de la conformación nacional no se advierte. Muchos estudiosos han focalizado su trabajo en pos de definir la formación de la identidad nacional, justamente sobre tal base, destacando en ello la invención de tradiciones, la creación de museos, de textos escolares, propaganda, leyes, o parafernalia militar, puesto que a través de estos elementos se visualiza en qué medida el Estado impone su presencia. Sin embargo, aun cuando no pocos de los viajeros hubiesen llegado

Ahora bien, dicho “descubrimiento” de ninguna manera se muestra neutral o simplemente descriptivo. Los elementos nacionales que se contraponen a lo observado en otros pueblos se perciben como virtudes intrínsecas de cada país.

a representar al gobierno o al consulado en un país extranjero, sus miradas así como sus formas de insertarse en tanto sujetos nacionales, no están influenciadas por dictamen estatal alguno. El estudio de la definición nacional fuera de las fronteras relativiza la primacía del Estado Nacional en su tarea de “constructor de la nación”, ámbito que ha tendido a privilegiarse a la hora de reflexionar respecto de tales cuestiones, en especial en el caso chileno. No sólo el papel de ciertas instituciones se observa débil en tales representaciones desde la lejanía, sino que además los propios elementos del terreno político van dejando paso a otras vinculaciones. En este sentido, aquí es posible advertir en qué medida aspectos tales como la religión, los valores, las diferencias climáticas, culinarias, de costumbres y de idiomas, van instalando un fuerte sentido de pertenencia nacional. De esta forma, la representación de la nación fuera de las fronteras deja al descubierto la primacía del ámbito cultural. De ahí la atención prestada por los viajeros a la estructura de las lenguas, a las formas de diversión y ritualidad, tipos de arte y arquitectura, modos de vida, carácter de la gente, etc., puesto que precisamente éstos, y no otros elementos, se vislumbran como constitutivos del ser nacional. La nación va más allá de unos pasaportes, de unas definiciones jurídicas, de unos edictos.

Nación y viajes, conceptos aparentemente ajenos que sin embargo, a la luz de los estudios recientes, tienden a integrarse dentro de un mismo campo explicativo. Puede resultar hasta contradictorio el encontrarse con la propia identidad desde la lejanía. En este sentido los viajes suponen una distancia que, paradójicamente, acerca.^P



Chile imaginado por literatos

(En *La Invención de Chile*, edición a cargo de Jorge Teillier y Armando Roa V. Editorial Sudamericana, 1997)

“Nadie sabe realmente de dónde proviene Bargan. Muchos piensan sin embargo, que nació en los bosques. Hay bosques enormes en Chile, selvas de follaje espeso y un verde muy intenso, intrincadas como en ningún otro sitio, con pantanos de color marrón dorado en los que mora el crimen, y muchas precipitaciones, animales feroces y lujuriantes y enredaderas, todo ello de una gran animación y mayor luminosidad que en el norte. Hordas de monos avanzan por los techos de hojas jóvenes y se trenzan en mortal combate con las decrepitas serpientes que, en su juventud, solían devorar cimarrones. El sol hace crecer guirnaldas verdes sobre los gruesos troncos resecos, y en los gorgoteantes pantanos las alimañas se devoran con maligna sonrisa.

Hay quienes afirman que Bargan nació en las ciudades costeras, que practican un corrupto tráfico de oro, esclavos, tabaco y qué sé yo cuántas cosas más, y son, en conjunto, como los pequeños colmillos venenosos en las fauces de una serpiente remolona y de piel tornasolada, unos colmillos jóvenes, podridos y a punto de caerse

Aunque quien haya visto el rostro de Bargan preferirá creer lo de los bosques.

Bertolt Brecht

En América meridional, julio corresponde a enero nuestro, de manera que cuando nosotros nos asamos de calor, allá, por el contrario, se hielan de frío. Había llegado, por lo tanto, el momento de abandonar las guaneras de Puerto Stokes, decir adiós a la isla Desolación, que estaba por convertirse en un desierto de nieve, y dirigirse a Punta Arenas o a los puertos chilenos del Pacífico.

No faltaba sino completar la carga de la última nave, la que rolaba desesperadamente entre las olas del puerto, como ansiosa de partir antes de que cualquier formidable huracán la estrellase contra la costa o la arrastrara hacia los peligrosos y abruptos escollos de las Once Mil Vírgenes... Por esto, los barreteros, que desde muchos días sufrían la crudeza del tiempo en sus míseras chozas improvisadas a lo largo de la playa, trabajaban alácidamente para completar la carga de la última nave.

Era un centenar de hombres reclutados en todos los puertos de Chile y Perú, en su mayoría rotos y cholos, razas robustas derivadas de la mezcla de la sangre española con la indígena, de estatura más bien baja, carnación morena y amarillenta, cabellos negros y lisos, barba rala y ojos pequeños y vivaces que despiden lampos salvajes.

Tienen tipo de bandidos, poco atrayentes, con sus rasgos alterados por las duras jornadas de aquellos fétidos yacimientos, con la piel enrojecida por las sales amoniacaes y los párpados cubiertos de pústulas; todos andrajosos y cubiertos de polvo, que sus amplios sombreros de paja de Guayaquil y sus chupallas de alas gigantes no alcanzan a defender”.

Emilio Salgari



Diario de mi residencia en Chile.

Mary Graham

Agosto 23 de 1822

...Me asombra no haber oído nunca elogiar la belleza de este camino. Tal vez los comerciantes que lo frecuentan van preocupados durante sus viajes de las ganancias y pérdidas mercantiles; y los oficiales de la marina inglesa, que van a la capital en busca de diversiones, piensan demasiado en los entretenimientos que les esperan para fijarse en las bellezas del camino. Este me recuerda algunos de los más hermosos paisajes de los Apeninos.

El ondulado valle llamado Cajón de Zapata, que se desplegó a nuestra vista cuando llegamos a la cumbre, sus borascosas hondonadas y las nevadas montañas en el horizonte, formaban un bellísimo paisaje. El cielo estaba sereno y la temperatura era deliciosa. En una palabra, aquello habría sido un paisaje de Italia si no hubiesen faltado allí los edificios y templos, signos de la presencia del hombre: pero aquí todo es aún demasiado nuevo, tanto, que casi no sorprendería ver salir a un salvaje de entre los árboles próximos o escuchar un rugido de una fiera en el cerro.

Cuando nos resignamos a dejar el hermoso sitio desde donde dominábamos el espléndido panorama, descendimos al valle, y dimos descanso a los caballos en la casa de postas. Mientras éstos descansaban, la dueña de casa nos hizo entrar y compartir su comida. Es una casa de campo de buen aspecto, y no una posada, aunque está instalado allí el servicio de postas. Sirviéronos el popular charquicán, preparado con carne fresca y seca y diversas legumbres y sazonado con ají o pimienta chilena, en una gran fuente de plata; y a las ocho personas que nos sentamos a la mesa se nos distribuyeron cubiertos de plata. Leche, harina de maíz y aguardiente completaban la comida. Por fin habiendo descansado nosotros y las cabalgaduras, proseguimos el viaje, tomando la delantera al peón y las mulas.

El menor rescate. Al país de Elisa.

André Breton

Tú que roes las hojas más fragantes del atlas
Chile

Oruga de mariposa lunar
Tú cuya estructura total se esposa
Con la tierna cicatriz de la ruptura entre la luna y la tierra
Chile de las nieves
Como las sábanas que una hermosa mujer echa hacia atrás al
levantarse

He descubierto en un relámpago
Lo que eternamente a ti me predestina
Chile

Con la luna en séptima casa en mi tema astral
Veo la Venus del Sur
Que nace no ya de la espuma del mar
Sino de una ola de azurita en Chuquicamata
Chile

Con aretes araucanos en pozos de luna
Tú que das a las mujeres los ojos de bruma más hermosos
Adornados con una pluma de cóndor
Chile

Y nada se podría decir mejor de la mirada de los Andes
Afina el órgano de mi corazón con la estridencia de los
esbeltos veleros de estalactitas
Que van al Cabo de Hornos
Chile

De pie sobre un espejo
Entrégame lo que sólo ella posee
La brizna de mi moza que todavía en el ámbar se estremece
Chile de cateadores
País de mi amor.



La enseñanza de Claudio Gay

Es mérito de Benjamín Subercaseaux haber relacionado con vigor nuestra identidad y la geografía, la loca geografía y las características de nuestra insularidad. Antes que él, un sabio francés, Claudio Gay, había procurado hacer una detallada descripción de la tierra y los hombres chilenos siguiendo la labor pionera del abate Molina.

■ por Luis Mizón

Todo país del mundo posee dos cosas: tierra y hombres, en otras palabras Historia y Naturaleza. Lo que llamamos identidad nacional la forman estos dos elementos cuando se viven con mayor o menos conciencia y con una particularidad que depende del tiempo que nos toca vivir porque hasta la identidad es histórica.

Los hombres nacen dentro de la historia y de la naturaleza de un país, pero también están los que llegan atraídos por la tierra y por los hombres de ese país extranjero, cada vez menos, y se van quedando, enredando y enamorando.

Claudio Gay fue uno de esos hombres y lo que puede enseñarnos con sus libros y sus magníficos atlas es una forma de amor, esa que consiste en mirar y saber lo que se mira. Saber el nombre de las flores y los animales o los minerales, y cuando no tienen nombre, saber ponerle uno de acuerdo a las reglas que existen para eso.

Un grupo de científicos chilenos está desde algunos años asociado al proyecto de dar a conocer la obra de Gay en Chile, aprender a leerla y a interpretarla como un instrumento al servicio de nuestra identidad cultural actual y de su necesidad histórica.

Así han salido a luz algunos libros y otros aparecerán en el futuro, pues no sólo hay una obra importante editada de Gay sino también una obra inédita que nos proponemos dar a conocer.

Después del descubrimiento y la conquista viven estas tierras un fenómeno que podemos llamar la época del descubrimiento científico que ha menudo tiene un matiz utilitario. Se trata de descubrir para explotar. Una gran cantidad de expediciones científicas que exploraron América en los siglos XVIII y XIX se hicieron desde Europa y a veces para Europa.

La obra de Gay, hecha por un francés nacido en 1800 y establecido entre nosotros desde 1828 a 1842, estuvo principalmente dirigida a dar a conocer Chile a los chilenos, el plan político que la concibe es chileno y obra de Diego Portales y Manuel Montt.

El descubrimiento científico no ha terminado, continúa en nuestros días con tecnologías avanzadas, sin embargo, la maravilla de descubrir siempre está presente. Recientemente me conversaba un amigo botánico, Philippe Danton, también francés como Claudio Gay y que trabaja en un proyecto de protección de especies botánicas en la isla Juan Fernández, de la emoción que siente un científico al descubrir una planta nueva que aún no tiene nombre y que hay que bautizar, y el biólogo Victoriano Campos nos decía en términos parecidos la alegría de descubrir una bacteria allí donde se pensaba encontrarla.

Claudio Gay es un guía, un maestro. Baeza en la presentación a la nueva edición del Atlas de la historia física y política de Chile, por haber intentado con éxito al acercamiento de estos dos elementos constitutivos de la identidad: la historia y la naturaleza.

Gay fue el primer científico que siguió la enseñanza de Molina, y estudió desinteresadamente y con amor al conocimiento y a la humanidad los hombres originarios del país.

La obra de Gay sobre los mapuches está aún inédita y será publicada en el futuro.

Esa parte de la sociedad chilena siempre ha sido mal conocida. Y cualquier fuente de conocimiento directo de sus tradiciones es más que bienvenida.

La tierra y los hombres tienen formas, colores y olores diferentes, nombres y costumbres diferentes. Claudio Gay es un guía, el primero en ese laberinto de lo sin nombre y de lo invisible, o de lo rechazado que fue y que continúa siendo para muchos la tierra americana.

El carácter cosmopolita del descubrimiento científico de la tierra y de los hombres en América no es algo nuevo. La verdad es que existe una tradición. Hasta podríamos pensar que lo cosmopolita y lo originario se complementan en el conocimiento de lo propio. Y que lo propio es en parte... cosmopolita. **P**



Vínculos

- **Aves de Chile, láminas de Claudio Gay**
<http://www.avesdechile.cl/cgay.htm>
- **¿Cómo nos vieron?, por Ephraim George Squier,**
<http://www.cil-nardi.com.ar/como/nosvieron.php?pr=squier.htm>
- **Diversos ensayos a partir de relatos de viajes**
http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/index_files/v05.html
- **La odisea de Flora Tristán por Mario Vargas Llosa**
<http://www.hacer.org/pdf/flora.pdf>
- **Un viaje de Humboldt**
<http://html.rincondelvago.com/diario-de-viaje-a-espana-1799-1800-wilhelm-von-humboldt.html>
- **Los baños de Colina, por Mary Graham**
http://chicureo.com/cronica/mary_graham.htm
- **Ignacio Domeyko en Memoria Chilena**
http://www.memoriachilena.cl/ut_link_dest.asp?id=domeykoexpediciones
- **Relatos de tres viajeras del siglo XIX**
<http://www.uchile.cl/facultades/filosofia/anuario//ANUA-11.html>
- **Marie Louise Pratt sobre las taxonomías del siglo XIX y el cine de Hollywood**
<http://www.ucm.es/info/per3/cic/cic5ar4.htm>
- **La expedición Malaspina**
<http://www.mgar.net/exp/malaspina.htm>
- **Malaspina en Chile**
<http://www.humboldt200.cl/resumenes/malaspina.html>



□ Gentileza Museo Pedagógico.

Libros Bibliografía Biblioteca Nacional

- **Tristán Flora. Peregrinaciones de una Paria. 1941**
SCH 11(1109a-39), SCH 11(1109a-40), SFG 14(1070-36)
- **Frezier por América Meridional (mapas)**
FG 4(173-6)
- **Frezier, Amadeé F. Relación del Viaje por el mar del sur a las costas de Chile. Imp Mejía, 1902. SCH 11(895-38)**
- **Hauser, Miska 1822-1887. Diario de viaje de un violinista judío que recorrió Chile y Perú.**
SCH 11(311-13)
- **Sarmiento, Domingo Faustino. Chile: descripciones, viajes, episodios, costumbres (grabados). SCH 11(516-77)**
- **Del Carril, Bonifacio. La Expedición Malaspina en los mares americanos del sur: la col Bauza 1789-1794**
Sala Medina, reservado, 1961. AAEO558
- **Heim, Arnold. América del sur: la vida y la naturaleza en Chile, Argentina y Bolivia. Barcelona, 1960.**
SFG 14(320a-22), 5a(17-5)
- **Caldeuhyg. Viajes por Sud América. Colección Matta Vial. RESERVADO(109-11), (23-4)**
- **Tornero, Recaredo. Imágenes en microformatos**
LCH15
- **Villalobos, Sergio. Darwin y Chile. 1960, 43 págs.**
SCH 10(737-21)
- **Paz y Miño Cepeda, Juan José. Chile: Apuntes de Viaje 1957.**
SCH 11(1069-39)
- **Harigh, Samuel. Viajeros en Chile. 1817-1847. Ed. del Pacífico 1955.**
SCH 10(477-27)
- **Ercilla Olea, Hugo. Vuelo Austral: sobre Los Andes a la Antártida 1905-1953**
SCH 10(433-47)
- **Agurto, Claudina. El país de los copihues rojos. 1897-**
SCH 11(65-23)
- **Lavín, Carlos. 1883-1962. Compilador. Chile visto por los extranjeros.**
Revista Zigzag, 1949. SCH 11(128-15)

□ Gentileza Museo Pedagógico.



EL PATRIMONIO INTANGIBLE Y LA SUSTENTABILIDAD DE SU SALVAGUARDIA

El siguiente es un extracto de la ponencia de Antonio Augusto Arantes, presidente del Instituto de Patrimonio Histórico y Artístico Nacional (IPHAN) del Gobierno de Brasil, en el VI Seminario sobre Patrimonio Cultural “Instantáneas Locales”, realizado entre el 21 y 23 de octubre del 2004 en la Biblioteca Nacional.

“(…) Trazando inicialmente el contexto más general en que el problema supera a su significado contemporáneo, haré referencia a lo que vengo designando como “paisajes de historia”. Me refiero a las poblaciones y territorios cuyo paisaje natural o patrimonio cultural son identificados tanto por las poblaciones involucradas como por los especialistas (historiadores, geógrafos, museólogos, arquitectos y antropólogos, entre otros) como emblemáticos y, por esa razón, objeto de salvaguardia y recursos útiles al desarrollo de mercado. Esos grupos humanos y territorios se encuentran de manera general involucrados por sistemas de circulación de personas, señales, bienes y capital asociados a un amplio mercado (no sólo local o regional) y no solamente a la economía y a la cultura globalizadas(…)”.

La circulación y el consumo de bienes culturales se encuentran entre los principales ingredientes de los cambios que ocurren en los estilos de vida y en la formación de fronteras simbólicas en todo el planeta. Pero es siempre útil insistir que lejos de sólo crear homogeneidad, el mercado global estimula la generación y circulación de todo tipo de recursos capaces de producir sentidos de lugar y de diferencia.

Marcadores de identidad han sido utilizados para proyectar eficientemente realidades locales en panoramas que atraviesan y se superponen a fronteras étnicas y territoriales, generando intertextualidades que deben absorber las características de un mismo código de, por así decirlo, proximidad de vitrina (es lo que ocurre, por ejemplo, con el lenguaje de la moda). Al mismo tiempo ellos habilitan a cada participante (productor o intermediario) para la competencia por clientes y oportunidades. La producción cultural mundializada propicia, de esta forma, el arraigamiento, en el plano local, de sentidos globales de lugar, sentidos esos que dialogan, se trasladan y se integran con las representaciones de identidad, memoria y tradición, y con las prácticas asociadas a ellas.

En ese contexto, diferentes escalas y organizaciones étnicas y sociales se entrecruzan, y eso ocurre de tal forma que realidades de cierto modo hiperlocales (tales como aldeas indígenas, pequeñas poblaciones, entre otras) se tornan indisociables de la dinámica socioeconómica y política regional, nacional y global. Esa articulación supralocal afecta particularmente a grupos humanos que viven en territorios identificados como atractivos exóticos para el turismo cultural, radical o, como actualmente se denomina, como *reality tourism*. Esta modalidad más moderna de entretenimiento ofrece la *hollidaymakers*, como define su sitio web, la oportunidad de que los visitantes conozcan de cerca la situación política de determinado país o región y se formen su propia visión sobre el conflicto social (…).

Esta ambivalencia de los llamados “bienes patrimoniales”, que distinguen al grupo y su territorio sin tornarlos totalmente impenetrables a los forasteros, o sea, permitiendo que la inclusión social de los “de fuera” se haga selectiva y condicionalmente, es un atributo clave de su valor de mercado. De hecho, la credibilidad del diferencial de marketing constitutivo de los productos con valor cultural agregado depende de que esos bienes y servicios sean vivenciados por la población local y presentados convincentemente al público como parte de “culturas auténticas”. De esta forma, se torna fundamental que fiestas “tradicionales” se realicen en un lugar previsto –en el ejemplo, la gran plaza cuadrangular, características de algunos poblados donde están situadas la iglesia principal y las casas de antiguas familias. Pero su valor de cambio depende de la posibilidad de incorporar actores y símbolos externos; en otras palabras, actualizarse manteniendo su base de apoyo en la organización social y en la cosmología local. Esa ambivalencia es lo que posibilita el uso del patrimonio como capital simbólico en la producción de sentidos reconocibles y continuos de lugar, tanto para un mercado en expansión, como para la comunidad local, poniendo en marcha el así llamado proceso de reinvencción de tradiciones (…)

Segundo Congreso CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN

El Comité Nacional de Conservación Textil y la Universidad Internacional SEK realizaron –entre el 27 y el 29 de octubre– el “Segundo Congreso Chileno de Conservación y Restauración”. La actividad se desarrolló en el Parque Arrieta, Monumento Histórico Nacional y Campus Central de la SEK.

En agosto del año 2001 se realizó el Primer Congreso Chileno de Conservación y Restauración, organizado por el Centro Nacional de Conservación y Restauración, CNCR, de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Dibam. La excelente acogida y numerosa asistencia confirmaron la necesidad de darle continuidad con la realización de este segundo cónclave.

En esta oportunidad hubo cuatro tipos de trabajo:

–Conferencias magistrales y mesas redondas, en las que se analizó el rol del conservador–restaurador en la vinculación del patrimonio cultural con la comunidad.

–Ponencias de los participantes presentadas en mesas temáticas, organizadas por las siguientes tipologías patrimoniales: patrimonio artístico; patrimonio histórico; patrimonio arqueológico; patrimonio etnográfico y de tradiciones populares; patrimonio religioso y patrimonio natural.

–Exhibición de afiches con trabajos realizados en los últimos tres años.

–Y Feria de Proveedores de equipamientos, materiales y servicios para la conservación y restauración.

REVIVIR EL DOLOR

La tarea de reunir, conservar y difundir el patrimonio documental relacionado a las violaciones de los DD.HH. cometidas durante la dictadura de Pinochet tendrá un nuevo impulso cuando –en enero del próximo año– se concrete el traspaso del archivo de la Comisión Chilena de Derechos Humanos al Archivo Nacional, institución que ya alberga un fondo documental de Derechos Humanos, recientemente declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Según explica María Eugenia Barrientos, conservadora del Archivo Nacional, junto con la recepción oficial de los documentos se realizará –en la segunda quincena de enero del 2005– un Seminario sobre DD.HH., en el que participará la francesa Pedrine Canavaggio, especialista en la creación de museos de la memoria y Secretaria General del Consejo Internacional de Archivos.

CPATRIMONIO CULTURAL

:: CONCURSO ::

OBJETIVOS

El concurso que organiza revista Patrimonio Cultural publicada por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos tiene como finalidad promover la reflexión y difusión de trabajos sobre el patrimonio, la cultura y la memoria.

BASES DEL CONCURSO

Podrán participar académicos, estudiantes, periodistas, escritores y todos quienes trabajen o tengan interés en los temas culturales, particularmente aquellos relacionados con el patrimonio, la identidad y la memoria.

El concurso estará dotado con los siguientes premios:

Primer Premio: Publicación del texto y un monto equivalente a \$100.000 (cien mil pesos) en libros publicados por la Dibam, a elección del ganador.

Primera Mención de Honor: Publicación del trabajo y un monto equivalente a \$50.000 (cincuenta mil pesos) en libros publicados por la Dibam, a elección del ganador.

Segunda Mención de Honor: Publicación del trabajo y un monto equivalente a \$50.000 (cincuenta mil pesos) en libros publicados por la Dibam, a elección del ganador.

Los trabajos presentados al concurso deben ser originales e inéditos y su extensión máxima no debe exceder los 10.000 caracteres (sin espacios).

El formato puede ser crónica, ensayo, reportaje o columna de opinión, y deben considerar la línea editorial de la revista Patrimonio Cultural y los temas abordados en ella.

Los trabajos deberán presentarse en un sobre cerrado, con los siguientes datos:

- Título
- Nombres y apellidos del autor
- Nacionalidad
- Domicilio, teléfono, correo electrónico

El Jurado que habrá de discernir el otorgamiento de los premios estará integrado por los miembros del Comité Editorial de la revista Patrimonio Cultural y por el Consejo Editorial de la misma.

La recepción de los trabajos se realizará hasta el 30 de diciembre de 2004, a las 18:00 horas.

Deberán ser entregados o remitidos a la siguiente dirección:

Biblioteca Nacional
Departamento de Prensa y Relaciones Públicas
Alameda 651, primer piso
Teléfonos: (56)(2) 360 53 31 / 360 53 20
Correo electrónico: patrimonio.cultural@dibam.cl
Entrega personal: Delia Pizarro, Michelle Hafemann.

Se considerarán incluidos dentro del plazo expresado los trabajos remitidos por correo que ostenten el sello de origen con la fecha indicada o anterior. Asimismo se admitirán trabajos enviados por correo electrónico (patrimonio.cultural@dibam.cl).

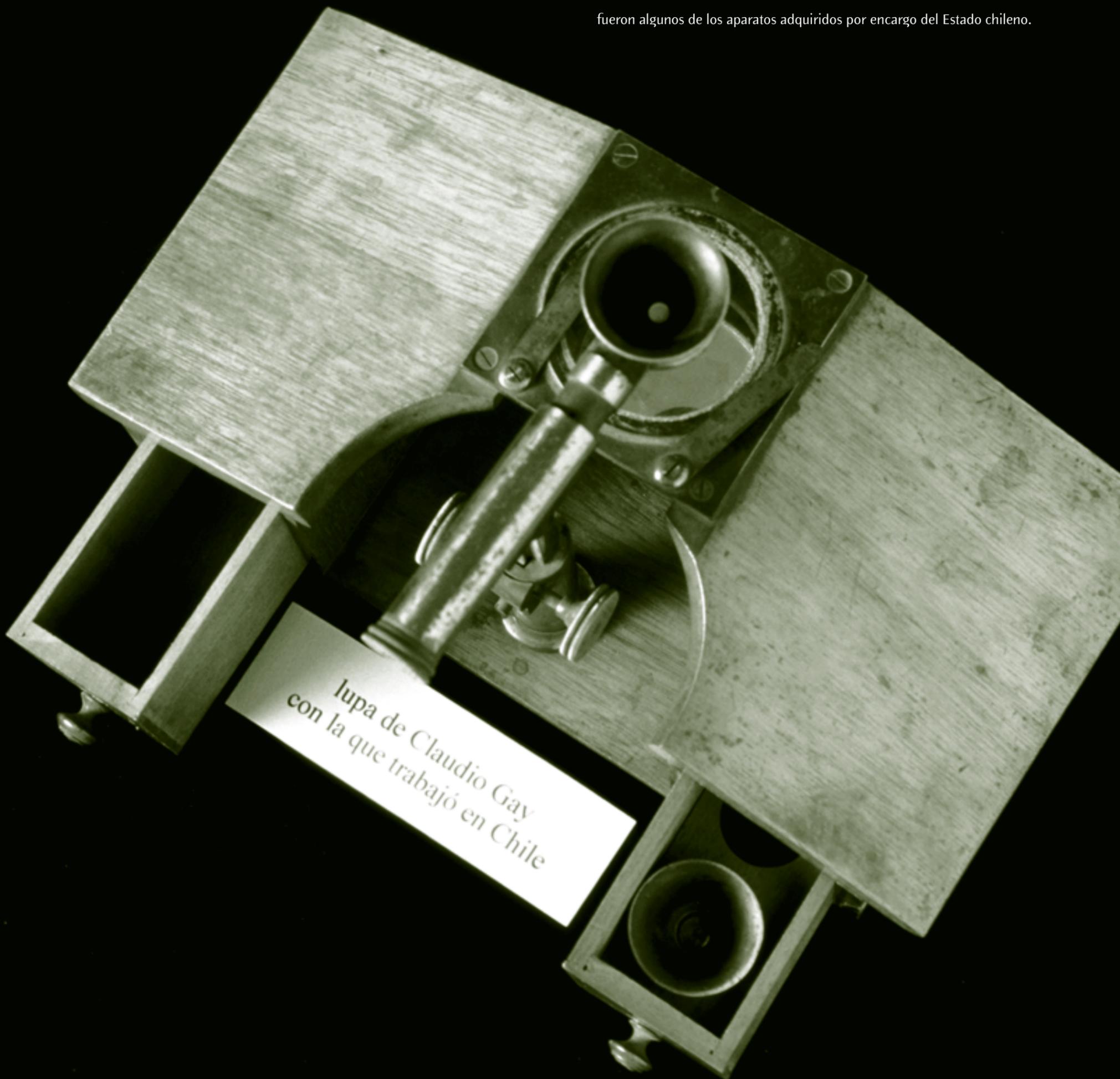
Los resultados del concurso se darán a conocer el día martes 8 de marzo de 2005.

La revista Patrimonio Cultural se reserva el derecho de publicar las obras premiadas.

Los trabajos no premiados podrán ser retirados por sus autores, o quienes éstos autorizaren dentro de los 90 días de conocido el fallo del jurado. Vencido dicho plazo serán destruidos.

La presentación de trabajos a este concurso implica la aceptación de las bases del mismo y de cuantas decisiones adopte el Jurado para interpretar o aplicar las mismas. La responsabilidad de la autoría por los trabajos presentados correrá por cuenta de los concursantes.

En Europa, Gay adquirió numerosos instrumentos para sus observaciones, los más modernos existentes en la época. Agujas para medir la declinación magnética, imanes, agujas para levantar planos, instrumentos para calcular la latitud, cronómetros, microscopios, telescopios, barómetros, termómetros, higrómetros, eudiómetros, areómetros, un aparato para observar la electricidad atmosférica y hasta una cámara oscura, probablemente una de las primeras que llegó al país, fueron algunos de los aparatos adquiridos por encargo del Estado chileno.



*lupa de Claudio Gay
con la que trabajó en Chile*